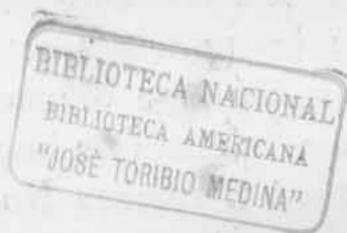




VIII.

DON BERNARDO O'HIGGINS.



QUIEN escribe la biografía de un contemporáneo no es nunca su mejor juez. Por mas abnegacion que se proponga, por mas imparcialidad de que haga alarde, es imposible que no le arrastren a exajeraciones las simpatías, los odios, las veleidades, los caprichos, bajo cuya influencia los testigos inmediatos de las hazañas o flaquezas de un hombre público se apresuran a aplaudirlas o condenarlas. La historia dejenera entónces en panfleto; peca por demasiado implacable o indulgente; atenúa o agrava a discrecion; sus elojíos son apolojías; sus censuras diatribas; y para atemperar los hechos o personajes al sentido de su opinion, para deprimirlos o enaltecerlos a su antojo, tiene que inflijirles cruel tortura, que colocarlos como sobre un lecho de Procusto y arrancarles así testimonios calumniosos o gratuitos. El ostracismo, suele decirse con gran énfasis, es la Roca Tarpeya de los grandes servicios, la ingratitud su recompensa obligada; como si los que tales fallos pronuncian pudiesen erijirse en tribunal de última alzada; como si no quedase la apelacion al juicio tardío pero imparcial de la posteridad. Esta viene a rectificar siempre los errores y vehemencias de la lijereza y la pasion; quita lo que habian concedido de

GALERIA NACIONAL.



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Dibujado i publicado por N Desmadyl

BERNARDO O'HIGGINS.

Bernardo O'Higgins

mas, restituye lo que de ménos; dá a cada cual estricta y verdaderamente lo suyo; desagravia y absuelve, o increpa y condena, pero en última instancia, sin ulterior recurso. El caso adverso deja de ser entónces un crimen, y la rodilla inclinada ante la iniquidad triunfante, se levanta sin temor. El infortunio llega a ser mas bien un fuero de conmiseracion; el poder y el valimiento títulos a la mas inexorable severidad. Las falsas apariencias, las esterioridades engañosas pierden todo su prestigio; habla solo la verdad.

¿Quién sabe si ha llegado a O'Higgins la hora de esta vindicacion? Pero él, que murió en tierra extranjera, que no ha dejado una familia que guarde como suya la memoria de sus virtudes y proezas, y sí detractores muchos y enemigos personales, cuyo encarnizamiento no han sido parte a embotar ni el mármol de la tumba ni el transcurso de los años; él, apellidado un tiempo el hijo primojénito y predilecto de la patria, y preterido o infamado despues, hasta no temerse envolver en una comun adulteracion, ofensiva al decoro y orgullo nacional, la historia de la revolucion de Chile y su mas ilustre protagonista; él, cuyos rasgos magnánimos y actos mas gloriosos habrian sido redargüidos o negados, si por único recremento quedasen no mas que reminiscencias confusas o tradiciones contenciosas; O'Higgins, es entre todos los grandes hombres de su tiempo el mas acreedor a un cumplido desagravio y el que mas lo ha menester.

Al romper Chile por la vez primera la absoluta interdicion del réjimen colonial, al asumir el ejercicio de su personalidad nacional secuestrada desde los primeros vajiidos de su infancia, dió un paso el mas osado y jigantesco. No se declaró desde luego libre y soberano; no decretó la derogacion del vasallaje tributado tres centurias a la España. ¿Ni cómo se habria atrevido a negar de repente esa obediencia y subordinacion, su suprema lei política, su forma constitucional, dogma de su relijion, su modo de ser hasta entónces? La revolucion así iniciada habria retrocedido a su primer paso, espantada ante el aislamiento y las maldiciones con que la habria abandonado a su suerte el mismo pueblo objeto de su solicitud y afanes, que habria llamado inútilmente a secundarla. ¿Ni a cuáles de sus mas esforzados corifeos habria podido ocurrir la idea de acometer empresa semejante sin preparacion de ningun jénero, contra resabios, preocupaciones y elementos tantos, que aseguraban la permanencia del órden de cosas a la sazón vijente? Pero si no se inició la revolucion a rompe y rasga, por así decirlo, y proclamándose desde un principio su objeto en toda su importancia y estension, si se la atribuyeron miras solo secundarias y transitorias; si apénas un pálido arrebol de libertad pareció colorir el cielo de la patria en la aurora de su primera existencia, este dulce respiro de una repentina bienandanza se alcanzó tambien sin los sacrificios y catástrofes que apareja de ordinario el ingreso de una rejeneracion mas violenta.

El diez y ocho de setiembre de 810 es entre los fastos nacionales de

Chile el mas memorable, y lo será siempre; marca el principio confuso, la tímida intentona de lo que se acomete y lleva despues a cabo en toda su plenitud y sin disfraz alguno; el júbilo, el beneplácito, el anhelo jeneral, y la union de mas feliz agüero, prendieron en ese dia al advenimiento de todo un pueblo, a la vida política y a la administracion de sus intereses. Desde ese dia el nombre de Chile pasó a ser la razon social de una nacion. Pero este cambio, como ya hemos dicho, no se abrió *ex-abrupto* y con entera conciencia de su magnitud; la colonia no hizo al principio mas que proveer, por sí misma es cierto, pero sin dimitir su condicion de tal, al desamparo y acefalía a que la reducian la cautividad de Fernando, y la anarquía e invasiones de que era teatro la metrópoli. Se dió un gobierno propio, independiente, pero nada mas que provisorio, destinado a rejirla hasta tanto subsistiesen las circunstancias que le daban oríjen. Y al aventurar esta innovacion atrevida, al estatuir su forma, al zanjar todas las dificultades de este su extremo precario en la vida de nacion con derechos suyos, obróse colectivamente; cabildo, real audiencia, comunidades religiosas, militares de alta graduacion, vecinos respetables, todos cargaron solidariamente la responsabilidad de la jestion comun; el pueblo fué su personero. No hubo que arrancar por un golpe de mano lo que fué consecuencia espontánea del acuerdo jeneral; no habia llegado la empresa al punto en que fuese menester que el mas osado de sus operarios forzase el asentimiento de los demas.

La contemporizacion primera no podia con todo sostenerse; era imposible poner la proa a la asecurion del objeto final, sin determinarlo de una vez, sin deponer la parsimonia y disimulo de los procedimientos anteriores. Escrúpulos poderosos, desconfianzas, temores, sujestiones siniestras incitaban a rechazar el temerario proyecto de una paladina y completa emancipacion; forcejaban inútilmente en sentido opuesto el altivo ardimiento, el ardoroso patriotismo de los novadores mas exaltados; la insidiosa reaccion asomaba ya la cabeza atisvando una ocasión favorable a su prevalecimiento en las discusiones y perplejidad de sus antagonistas; el bajel revolucionario, destituido de toda direccion pujante y fija, comenzaba a fluctuar a la merced de un mar alterado y de un viento adverso. Carrera, el animoso y audaz Carrera, aparece entónces; arrebató el gobernalle de la zozobrante embarcacion, la hace en un punto virar de bordo en el momento en que casi encalla, y con su arboladura improvisada, su endeble quilla, sus delgadas enternas, su intonsa tripulacion, el barquichuelo de la república vese a poco navegar viento en popa, con bélico gallardete y con seguro rumbo, al puerto de su aspiracion.

Cesaron entónces las medidas paliativas, contemporizadoras, medrosas, con que se habia iniciado la revolucion; desembozó sus conatos, y comenzó a perseguirlos con franqueza y ahinco. Tuvo que vencer resistencias, que moderar excesos, que afianzar a viva fuerza la concordia y union de todos

sus adeptos, y que tomar de una vez una actitud enérgica y decidida ante sus enemigos exteriores. Y cuando aceptaron estos el reto a muerte que les fué lanzado, cuando se hizo inminente y próximo el peligro de una invasion, fué menester prepararse a rechazarla. Duro noviciado para un pueblo obligado recientemente a bastarse a sí mismo! No bien ha roto el bozal del despotismo y sacudido la apatía y abyeccion de su pasado, y ya tiene que salir a contrarestar una agresion de muerte. El jénio, la actividad, el celo de Carrera lo sirvieron y sostuvieron en trance tan extremo; alistó y armó soldados, acopió víveres y pertrechos, hizo todos los preparativos necesarios.

La noticia de haber puesto pié en el territorio un ejército numeroso y aguerrido, y avanzar hácia la capital, conquistando todos los pueblos de su tránsito, halló a la patria prevenida y resuelta; y el mismo que habia encabezado todos sus aprestos para la lucha, se hizo tambien su campeon, el jefe de las huestes que debian marchar a combatirlo. Sin esperar su aclamacion para cargo tan excelso, anticipándose al consentimiento público, presumiéndolo y forzándolo con el mismo arrojo que para su anterior predominio en el sesgo dado a la revolucion; sin dejar tiempo a que por la deliberacion se enervase la fuerza del primer ímpetu y se perdiesen las ventajas de un rechazo pronto y vigoroso, sin aguardar a que pasada la alarma y tribulacion de los primeros momentos, se diese a su nueva investidura un carácter legal, sin el cual habia hecho respetar mui bien la omnimoda y mas augusta que acababa de ejercer; voló al punto a detener el progreso de la invasion. Desde las orillas del Maule hizola retroceder hasta Chillan, y la encerró en el recinto de esta plaza con un sitio estrecho, que sostuvo todo un invierno. La impasibilidad de sus adversarios, el cansancio de sus propios soldados, el agotamiento de los recursos y mas que nada, los rigores de la estacion, pudieron solo obligarle a resignarse a la humillacion de levantarlo y de deponer su actitud agresiva para acudir a la reorganizacion de su tropa, disminuida y descorazonada por esfuerzos tan vivos, tan prolongados y tan estériles.

Este primer quebranto sacó a los patriotas de su estado de aquiescencia pasiva a los actos del que se habia erijido en su jefe militar. Desde que la prepotencia y el acierto dejaron de disculpar la usurpacion de Carrera, desde que sus últimas operaciones le declaraban momentáneamente vencido, se sublevó en su contra una gritería de censuras odiosas, de recriminaciones encarnizadas. Era para unos un ambicioso temible que subordinaria a su antojo el interes de la patria a su engrandecimiento personal, que no habia cooperado a la defensa de la emancipacion sino para establecer su propia dictadura y la insolente elevacion de toda su familia y parciales; y los que así le juzgaban pedian su destitucion solo como un ostracismo, sin poner en duda sus méritos e insignes cualidades. Otros le achacaban defectos de un jeneral imprudente y cobarde; no sujetaba los soldados a una

disciplina severa; les habia permitido depredaciones en los pueblos de su tránsito o guarnicion, donde habian desacreditado la causa que sostenian; asistia al combate desde léjos, con la espada envainada, teniendo en la mano que debia empuñarla un antejo de campaña, comunicando sus disposiciones por el intermediario de edecanes y ayudantes, y fiando en el primor de las maniobras y estrategia que ponía en juego, mas que en la intrepidez de sus bisoños tercios, en el estímulo de su ejemplo personal y de la enerjía y viva voz de sus órdenes. Y sobre todo, se queria un jefe ménos jactancioso y petulante, ménos pagado de su propia valia y superioridad, que no debiese su exaltacion a sí mismo, que no tuviese hermanos brigadieres y una familia y clientela numerosas, capaces de contrabalancear con su influencia la de la mayoría nacional. En una palabra, la revolucion habia menester ahora, no de un caudillo imperioso y arrogante, a un tiempo tribuño y militar, bajo cuyos auspicios marchase como hasta ese momento, sin darse cuenta de nada; sino de un subalterno dócil, de toda su devocion, y que valiese y dominase solo por su medio y con su anuencia. Carrera se habia hecho jeneral en jefe por su propia gracia; no admitia otra iniciativa y sujecion que la de su inflexible voluntad. Su destitucion debia ser la medida con que el gobierno de la república reasumiese su direccion suprema, hecha a un lado o menospreciada hasta entónces. Y con toda su protervia y altivez, Carrera tuvo que acceder a su separacion y a la de sus hermanos del ejército, por la ráfaga de veleidad popular desencadenada a la sazón en su daño. El que solo a la hora de su muerte debia confesarse vencido, y *no mas que por la Providencia*, tuvo que reprimir en silencio los primeros arrebatos de una saña que nada en su vida debia ser parte a aplacar.

El mando en jefe quitado a Carrera no podia ser conferido a otro que a O'Higgins. No era un veterano como Carrera, que ántes que en Chile habia ya militado en España, y que profesaba la guerra como un arte. La foja de servicios de O'Higgins ántes de la revolucion estaba completamente en blanco, y toda su teoría de combate, su evolucion favorita al frente del enemigo, se reducía a cargar con valor. Pero en las pocas funciones de armas de la reciente campaña, habia podido bien verse que de los planes mejor concebidos, de la táctica mas certera, de la inspeccion distante y pasiva de un verdadero jeneral en jefe, mui poco partido podia sacarse con una turba de valientes, indóciles a todo freno, impacientes, rota una vez la pelea, de la menor tardanza o evasion por bien calculadas que ellas fuesen: y que el soldado mas intrépido, el que para arrostrar el peligro o vencer la dificultad se mostrase, si era preciso, como una enseña viva a los ojos de los demas, ese alcanzaria mejor a la cabeza de ellos prodijios de valor y de heroismo. La proeza con mucho mas espléndida de cuantas habian ilustrado la campaña iniciada, habia sido el asalto del Roble, en que los patriotas en un número mui inferior, a las órdenes de O'Higgins, único que

entre los oficiales de alta graduacion, y con ser que era el de menor, y el ménos caracterizado entre todos, no endosó a otro la responsabilidad del mando supremo, vacante en el momento por la fuga obligada de Carrera, resistieron por tres horas descargas nutridas e incesantes en un ataque obstinado de los realistas, y con una carga a la bayoneta, ordenada y presidida por su caudillo accidental, los pusieron en desórden y, al fin, en la derrota mas completa. ¿Qué mejor prueba de que el ardimiento personal valia mas que la pericia y la estratejia para conducir a la victoria soldados inespertos e impetuosos?

Desde esa jornada databa el crédito de bravura de O'Higgins, y en cuanto a la abnegacion, la sinceridad y la entereza de su patriotismo, las habia probado filiándose desde un principio entre los pocos novadores mas exaltados, y participando de todos sus primeros riesgos y ansiedades; y luego, como diputado al primer congreso nacional de tan célebre recordacion, como miembro de la junta que organizó Carrera en la capital a la disolucion de aquella recalcitrante asamblea, como su plenipotenciario enviado tambien por Carrera para obviar su conflicto con las que se proclamaron independientes en Concepcion y Valdivia, como coronel en el ejército nacional, puestos todos, en que por respeto a su mandato, por subordinacion a sus comitentes, por lealtad consigo mismo, habia tenido que afrontar compromisos odiosos, incitaciones malignas.

Sobre todo, se buscaban no tanto aptitudes sobresalientes en el que hubiese de ser jefe militar de la revolucion, cuanto otras cualidades, simplemente negativas, que por no concurrir en Carrera le habian hecho últimamente impopular e inadecuado en ese rango. Se queria, ante todas cosas, que el nuevo jeneral del ejército, recibiese, no impusiese ni empeñase su promocion; y que ella acusase, a la par que el reconocimiento de las dotes y méritos que la decidian, la voluntad espontánea y soberana de su emanacion. Si al mérito especial del elejido se agregaban los accesorios de elevado talento, grande ascendiente, familia aristocrática que en Carrera, ni tendria aquella los visos de enteramente voluntaria que se queria indujese, ni dejaria de ocasionar temores de un antagonismo fatal. Bajo este aspecto, era O'Higgins el mas apropiado. Sin la revolucion no hubiera sido nunca mas que el hijo natural de un virei; sus prendas morales, sus servicios, nada habria sido suficiente a borrar esa mancha de su nacimiento, ese apodo agregado siempre a su ilustre apellido, que habia movido a su padre a negárselo en su postrera voluntad, y a privarle durante su vida de las efusiones e inocentes delicias de la primera juventud, pasada para él léjos de su tierra natal, dentro de los claustros y bajo la represion severa de un colejio de jesuitas de Irlanda. Bajo el réjimen y las preocupaciones del coloniaje, O'Higgins habria vivido siempre retraido y oscuro, sin parientes, sin amigos, y quizás en completo entredicho con una sociedad que para admitirlo en su primera clase le hubiera pedido una alcurnia lejítima. El

que comenzaba a vivir fuera de sí mismo, y a figurar en alta esfera con la revolucion; el que se elevaba por ella y con ella, y trataba de rescatar con su triunfo su nulidad pasada; el que por la reconcentracion de su carácter y sus hábitos de recojimientoy de reserva parecia inaccesible a toda seducion, intriga o devaneo; el que en la consagracion de su civismo habia mostrado un temple de alma, una enerjía moral superior a todo incentivo o aprehension; el que no tenia ni el jenio, ni la ambicion de poder, ni los amaños seductores, ni los prosélitos fanáticos que Carrera, debió ser considerado el mejor y ménos peligroso en su reemplazo. Su rijidez, su vijilancia asídua e inmediata impedirian las extorsiones y atentados de una soldadesca engreida y desenfrenada; el ejemplo y prestijio de su denuedo, su incorruptible celo, su independenciam de toda faccion, reanimarian a la vez al ejército y disiparian todo temor de ver convertida contra la república una guardia pretoriana de sus mismos defensores. Todo lo que habia sido antipatías y recelos contra el jeneral cesante, se tornó en confianza plena y satisfactorio contento en favor de su sucesor.

Recibió O'Higgins el mando del ejército en Concepcion, reducido casi a una mitad del número de su primitiva planta, y se puso a sus órdenes inmediatas solo una de las dos divisiones en que lo dejaran fraccionado las últimas operaciones de Carrera, separadas ambas por mas de sesenta leguas de áspero camino, por rios caudalosos y por los realistas que, mui superiores en número y equipo de sus tropas, aun ántes de agregarse considerables pertrechos y auxiliares llegados recientemente de Lima, debian moverse de un momento a otro de su cuartel jeneral de Chillan, para dejarse caer con todo el peso de su fuerza, sobre uno u otro de aquellos dos débiles trozos de la nuestra. Al que tenian mas cerca y ménos resistencia podia oponerles era el acampado en el Membrillar, a las órdenes de Mackenna, oficial extranjero, pero tan entusiasta por la independenciam de Chile y la gloria de sus armas como el mas amante de sus hijos, de mucho tacto y esperiencia militar, y de un pundonor que debia serle funesto. Este jefe, que se estrenaba en el mando como brigadier al mismo tiempo que O'Higgins como jeneral, se hallaba en la posicion mas difícil y angustiosa; al frente de las triplicadas huestes de los realistas que interceptaban su comunicacion con O'Higgins, y teniendo tambien cortada su retirada a la capital la reciente ocupacion de Talca por una fuerte avanzada de aquellas. Le era imposible aventurar paso en ningun sentido; solo a favor de la ventajosa localidad de su campamento y de las fortificaciones y acopios con que se estaba a toda prisa premuniendo, podria sostenerse algun tiempo en su aislamiento, y esperar que de una u otra parte se viniese talvez en su auxilio.

Entretanto, la defensa de la plaza de Concepcion condenaba a O'Higgins a la inaccion mas mortificante; y se aprovechó con gusto del primer anuncio de los apuros de Mackenna y de las alarmas del gobierno, en vista de

su desamparo y de la inmediacion de los invasores, para abandonar aquella plaza sin escrúpulo, y ponerse luego en movimiento a procurar juntarse con la otra division, para de allí dirijirse presuroso a proteger con todo su ejército a la capital. Despues de una marcha larga, penosa, y que hizo mas difícil el temor de ser asaltado a la deshilada por el enemigo, cuyas descubiertas sorprendió mas de una vez, le dió por fin vista en las alturas del Quilo, cuando ya no distaba del Membrillar mas que cinco leguas. Ruidosas descargas de fusilería anunciaron a Mackenna la aproximacion de su jefe y que trataba de forzar el paso hácia él; se hubiera al punto precipitado en su auxilio, pero previó por fortuna el peligro de abandonar su atrincheramiento, y de ofrecerse solo y enteramente en descubierto al ataque de los realistas. Estos, por su parte, no por una cobarde trepidacion, sino dando tiempo a que una de las dos divisiones de sus contrarios avanzase algo mas, bien trasponiendo la una la defensa natural de un rio intermedio, o bien alejándose un poco la otra del recinto de sus fortificaciones, las tuvieron algun tiempo inmóviles mal de su grado y en la incertidumbre mas tormentosa, mediante alardes alternativos y embestidas parciales; hasta que al fin, cansados ellos mismos de esta perplejidad y de esperar inútilmente la disyuntiva que debia terminarla, se echaron de improviso sobre Mackenna, sin reservar otra parte de todas sus armas que la mui pequeña bastante para contener a O'Higgins a la orilla opuesta del Itata. Pero toda su superioridad y brios se estrellaron impotentes contra las trincheras de que se habia aquel rodeado; y el temor de ser tomados entre dos fuegos y lo insuperable de la resistencia, los hicieron pronto retroceder en una confusion y descalabro tales, que ni acertaron siquiera a estorbar al dia siguiente a O'Higgins, como hubieran podido, el paso del rio y su completa reunion con los vencedores de la víspera.

Sin permitir el menor descanso, prosiguió al punto O'Higgins con su ejército, formado ya en un solo cuerpo, a pasar el Maule y a no diferir mas su interposicion entre la capital y Talca, tan anhelada y de urgente necesidad desde que esta última plaza habia caido en poder de los realistas. El ejército de estos últimos comprendió luego el motivo interesante de tanta premura; y con la mira de cruzar esta tentativa, de reforzar sus propias avanzadas de Talca, de trasladar aquí el cuartel jeneral y el centro de sus operaciones todas, y de precipitarse a marchas forzadas sobre Santiago, ántes que se hubiese podido llegar en su socorro, se encaminó tambien a disputar el paso del rio o a efectuarlo en último caso ántes que su rival. Los dos se movieron casi simultáneamente y con el mismo manifiesto fin. La operacion para los patriotas era mucho mas difícil y apremiante que para los realistas; debian pasar primero, a la mayor brevedad, y por vado ménos óbvio y mas practicable que sus adversarios, quienes le cerraban todo camino de salvacion con solo estorbarles el paso, o conseguir efectuarlo con cualquiera anticipacion. Y a esta gran ventaja de estarse a la defensiva y de no traer-

les la demora perjuicio, se agregaba la del número de sus fuerzas y la de su comunicacion espedita con el depósito de sus provisiones y recursos. La lucha desigual y apuradísima que sostuvo con este motivo O'Higgins, de trances y de ardidés, de intentonas y deshechas, de contramarchas y arremetidas, es uno de los episodios mas curiosos y admirables de esta brillante campaña. A una estratajema feliz y a la intrepidez sin igual del mayor Campino, que con una compañía de a caballo y llevando a la grupa otra de tiradores, atravesó de los primeros el rio y desde la orilla opuesta protejió el paso, en gran parte a vado, del resto del ejército, debió O'Higgins la incomparable hazaña de este triunfo.

Era ya tiempo de acudir a la proteccion de la indefensa capital: los enemigos tenian enteramente franco el camino hasta ella; acababan de derrotar en Cancha-Rayada, a las puertas de Talca, el ejército improvisado con que se prometiera desalojarla de su amenazante posicion. Esta contrariedad desastrosa y la postergacion de O'Higgins, ya tan prolongada, la habian sumerjido en el pavor y el desaliento mas jeneral.

La cintura del territorio de Chile por su posicion central, y porque es la parte en que mas se estrecha entre la cordillera y el mar, la forma el valle en que se situó con sus tercios O'Higgins, casi a tiro de cañon del pueblo en que los realistas establecian al mismo tiempo su cuartel jeneral. Así fué que cuando se precipitaron con toda su fuerza y la recientemente victoriosa que se les unió en Talca, sobre el camino de Santiago, a terminar con el último y mas recio golpe una lucha que los traia fuera de sí, impacientes de vengar tanto reves, sufrieron un rechazo que no los alentó para reiterar su embestida. La capital respiró por fin de su pánico y alarmas, confiando en que el centinela avanzado de los vencedores del Roble y Membrillar, no se dejaria romper su consigna de atajar el acceso del enemigo a la ciudad de toda su codicia y solicitud.

Sobrevino en esto un armisticio con ocasion de haber ofrecido el virei de Lima proposiciones de paz. ¿Por qué se les dió oido? ¿Por qué se accedió a las concesiones humillantes exigidas por ellos? ¿Por qué no se sospechó la perfidia y las intenciones aviesas que encubria esta celada? Todos estos reproches deducidos despues contra los que aceptaron el tratado de Lircai son injustos a mas no poder. ¿Qué gran concesion se hizo por él a la España? ¿La del reconocimiento nominal de su soberanía para el caso en que recobrase su independendencia y con la condicion espresa de definirse entónces de mútuo acuerdo la forma en que deberia ejercerse? ¿Qué otra cosa importaba esta declaracion que la del *statu quo* de la contienda? ¿Qué desistimiento vergonzoso habia en semejante emplazamiento de su decision? La que cantaba la palinodia, la que pedia alafia, la que despues de tantas bravatas y amenazas ofrecia desarmar oprobiosamente, era la España; ella se comprometia a evacuar el territorio, y toleraba que sus vasallos rebeldes figurasen en la capitulacion como sus iguales. Y tanto mas baldon y vitu-

perio, para ella, si ese ofrecimiento era mentido, si al afianzarlo con la palabra y el honor nacional se proponia en secreto una trasgresion infamante. Y luego ¿cuáles eran las circunstancias ventajosas, los recursos inagotables, el apoyo firme y seguro con que contaba Chile para sostenerse arrogante y pertinaz, hasta alcanzar la completa rendicion de su contendor? Su ejército jadeante y desmedrado, su tesoro exhausto, sus elementos de resistencia esquilmados todos, arrebatados en gran parte, ¿le permitian por ventura especular sobre la probabilidad de un próximo triunfo, mucho mayor o mas seguro que el que creia asegurarse con el tratado? Si alevosías atroces y disensiones fratricidas se conjuraron despues de consuno contra la pobre patria, no se achaque el cargo horrendo de los desastres y ruina que trajeron a los que no pudieron preveer, ni tamaña felonía de parte de un enemigo sin fé ni pundonor, ni atentados tan flagrantes de parte de quienes no temieron alzar contra el tricolor de la república el pendon de sus susceptibilidades y rencores personales.

Y por otro lado, cualquiera que fuese la justicia o sinrazon de tales recriminaciones, no afectan en lo menor a O'Higgins, que ninguna injerencia tuvo ni en la discusion de las condiciones del tratado, ni ménos en su aceptacion. El papel que le cupo en la negociacion fué el de mero plenipotenciario, y para solo el acto de formular y ratificar con su firma lo ya acordado sin su anuencia. Las armas de la república estaban en sus manos y pudo con ellas despedazar el pacto, y obligar al gobierno a una inmediata retractacion. Cierto. Pero ¿de dónde se hubieran derivado sus facultades para erijir así su particular capricho en norma y lei de la voluntad nacional? Factible o no tal intento, se hubiese o no frustrado en la ejecucion, nada habria atenuado la avilantez, ni ménos la perfidia de prevaricato tan criminal.

Sí; el tratado de Lircái es un padron de oprobio y execracion, pero solo para los que se desentendieron de la fé sagrada de sus promesas y para los que hicieron servir el pretesto falso de haberse ciado por él ante la defensa de la libertad y nacionalidad chilenas, a la disculpa de la usurpacion mas escandalosa y a la satisfaccion de resentimientos e intereses individuales (1). ¿Quién era Carrera, qué pesaban en la balanza de la salud

(1) Los documentos oficiales de Carrera desmienten la idea que circula hace años de que dicho jeneral diese como pretesto para echar abajo el directorio de Lastra, el haber este consentido en las capitulaciones de Lircái. Consta, por el contrario, que Carrera al subir nuevamente al mando de la nacion, acompañado de sus colegas Urzúa y Uribe, ofició al jeneral español, diciéndole que la nueva junta que mandaba en Santiago, le habia en otro oficio y a la *entrada de gobierno participado su deferencia a los pactos que nos impone la capitulacion de mayo, y protesta soldar su cumplimiento.* (Oficio de 19 de agosto de 1814.) En el *manifiesto del gobierno* a los pueblos, firmado por Carrera, Urzúa y Uribe de fecha 25 de julio de 1814, se hallan tambien las palabras que voi a copiar y que son una aprobacion espresa de los tratados de Lircái. Son estas. «Entre tanto una faccion (habla del partido godo así llamado) que siempre habia sido sofocada en las oscilaciones de nuestra libertad naciente, levanta su cabeza erguida, insultando con sonrisa a los amantes de la causa americana, como si la proclamacion de sus derechos fuese inconciliable con los deseos de la paz, o como si LOS PACTOS QUE LA REGLABAN DEJASEN A CHILE EN LA OSCURIDAD DE SU ANTIGUA SERVIDUMBRE.» Aun otros documentos pudieran citarse para probar que Carrera nunca apoyó su nueva revolucion en la supuesta impopularidad de

pública sus agravios personales, verdaderos o gratuitos, qué su amor propio herido, sus méritos olvidados, para que acechando, desde el escondite, en que habia tenido que sustraerse a las persecuciones del gobierno de sus compatriotas y correligionarios, indignados y alarmados por las tramas y maquinaciones en que se obstinaba su encono contra ellos, un momento de descuido y de turbacion; aprovechándose del primer reposo que gustaba la patria, despues de tantas fatigas y desastres contemplados por él con ojo enjuto desde la prision en que a su separacion del ejército cayó por su temeridad y lo conservaron los realistas hasta su evasion; haciendo leva en su apoyo de todos los odios menguados, las aspiraciones bastardas, tantas malas pasiones cobijadas siempre bajo un régimen cualquiera, y por de contado bajo el represivo y duro que hacia necesario la coexistencia de la guerra y la revolucion, derrocasse el gobierno patrio y, sobre él atentado de su vilipendio y de su ruina, estableciese su nefaria dictadura, para satisfacer con ella su frenesí de venganza y ambicion?

O'Higgins, que no vió ni pudo ver en Carrera mas que su usurpacion gratuita y los desafueros y tropelías con que era inaugurada; ligado como estaba a la obediencia y defensa de la autoridad lejítima, y mui ajeno de sospechar la pérfida violacion del tratado bajo el cual se hallaban suspendidas las hostilidades contra los realistas, creyó de su deber dejar su campamento, y venir a restablecer el gobierno subvertido. Se adelantó hasta Maipo con una parte del ejército, dejando la otra a una jornada de distancia; y encontró allí el que Carrera habia ya reclutado, y oponia a la prosecucion de su marcha. Trabóse un combate de poco momento, que se habria renovado al dia siguiente mas sangriento y decisivo y en que O'Higgins habria empeñado toda su tropa, si no hubiese hecho caer las armas de la mano a ambos combatientes, minutos ántes de cruzarlas, el anuncio, terrible cuanto inesperado, de haber venido de Lima a las órdenes de Ossorio un nuevo ejército a reforzar y llevar adelante la invasion, de hallarse ya en Talca y de avanzar precipitadamente a someter otra vez a todo Chile al ominoso yugo colonial. O'Higgins y Carrera no pensaron ya mas que en volver contra el comun y aleve enemigo sus espadas ensangrentadas en la contienda fratricida del dia anterior; se olvidó la reyerta pendiente para no atender mas que al peligro de la patria. Y el que de los dos tenia de su parte sino la seguridad del triunfo, al ménos la razon, el pundonor, la justicia, el deber, se apresuró a ceder al otro: de jeneral en jefe del ejército, se degradó él mismo a subalterno de su rival; dobló su rodilla ante la iniquidad que la exigencia de la salud pública le impedia ya contestar; sacrificó su orgullo y su dignidad personal; fué magnánimo y jeneroso

los tratados de Lircai; pero seria trabajo escusado. Ignoro hasta ahora de donde se ha sacado la idea que domina sobre este particular. Los documentos históricos oficiales, están en oposicion con ella. Así es que siento no hallarme de acuerdo con el autor de esta biografía y otros escritores e historiadores en cuanto al hecho en cuestion. (I.)

hasta el punto de aceptar tan acerba humillacion ; y por única merced pidió la de mandar la vanguardia del ejército que saliese a repeler al español.

Y Carrera que se habia constituido en desfacedor de los agravios y desaguizados de la revolucion ; Carrera que habia prometido vindicar el honor nacional, desnudar ese acero de la república que infieles y pusilánimes mandatarios habian vuelto con baldon a la vaina ; Carrera, ántes que recoger con valentía el guante que el feroz Ossorio le tiraba con menosprecio a la cara, habló de paz, de justicia, de humanidad, hizo protestas fementidas de sumision y respeto a la soberanía de Fernando, descendió hasta la súplica y la falsía, y no se remitió al coraje de sus soldados y a la justicia de su causa, sino perdida toda esperanza de una amigable e indigna transaccion. Su contestacion (fecha 5 de setiembre de 814, rotulada *al que manda la jente armada de Lima*) al ultimatum del jefe de los realistas, rebaja y calumnia el pensamiento de la revolucion ; Chile no se ha sublevado en ella contra la soberanía de Fernando, sino contra los gobiernos intrusos y las autoridades que asumian sin título lejítimo la representacion de su augusto monarca ; presenta a los patriotas como fieles servidores de su majestad, y a sus contrarios, en caso de persistir en su agresion, como vasallos rebeldes. Y a esta chicana, a esta superchería impúdica apela en momento tan solemne, en su propia defensa y en la de la patria, el mismo que habia calificado como una reculada hipócrita el tratado de Lircái, como traidor al directorio que lo sancionara, como justa y santa su sustitucion por la obrepticia y refractaria dictadura de su antojo, como honrosa en su favor e imputable solo a O'Higgins la sangre de hermanos vertida en Maipo, y finalmente como acepta a la mayoría nacional e indispensable a la salvacion del pais la supremacía que acababa de serle abandonada, no concedida, y con la que no se avergonzaba de cejar tan cobardemente, de mentir tan a faz descubierta.

La repulsa perentoria de Ossorio no le dejó lugar a otro esujio ; tuvo que disponerse a resistirle, y al efecto, con una brigada que no alcanzaba a mil hombres, destacó a toda prisa a O'Higgins a estorbar al enemigo, que habia acercado ya sus reales hasta San Fernando, el paso del Cachapoal, distante de la capital apénas veinticinco leguas. Llega a tiempo, pero no le es posible impedir con tan escasa fuerza el tránsito de un rio vadeable en muchos puntos, a un ejército prepotente en el número y disciplina de sus soldados, y alentado con la noticia del desconcierto y discordia en que logra sorprender a los patriotas. Viendo esta imposibilidad resuelve retrogradar y hacerse fuerte en la misma ciudad de Rancagua, cuyos afueras lindan casi con la ribera septentrional del rio, dando así tiempo a que pueda reunírsele Carrera con la division de su mando y batir juntos al poderoso invasor. Guarnece al instante aquella plaza con su escasa jente, atrinchera sus principales avenidas, se previene para el próximo ataque. Lo peor de todo es que la pésima posicion que le es fuerza

tomar, y el plan de operaciones que ella le impone, inutilizan su mejor arma, un rejimiento de dragones aguerridos que comanda el bravo Freire.

El sitio de Rancagua es sin duda la funcion de armas mas trájica pero mas gloriosa de nuestra historia: los independientes sufrieron en ella una derrota completa, pero tan costosa a sus adversarios y humillante como el mas espléndido triunfo. ¡Treinta y seis horas de un fuego vivo y mortífero de una y otra parte, solo interrumpido por intervalos de combate a sable y bayoneta, todavía mas sangriento! ¡Un puñado de valientes cercados y acosados en todos sentidos por agresores no ménos bravos, mucho mas numerosos, mejor pertrechados y en situacion de combinar y dirigir el ataque por do quiera y a sus anchas! ¡Aquí y allá bandera negra, guerra a muerte y sin cuartel!

En la noche del 1.º de octubre de 814 la refriega habia durado ya algunas horas, y la brigada de O'Higgins, aunque diezmada horriblemente, se mantenía firme y briosa, tanto que los godos, viendo crecer el ardor y pujanza de los sitiados a medida del alcance y destrozo de sus irrupciones, deliberaban sobre levantar el sitio y retroceder a toda prisa, ántes que el arribo de Carrera, que podia acontecer de momento en momento, les cortase la retirada o los obligase a efectuarla en vergonzosa huida. Todas las ventajas hasta ese instante las concebían ellos no de su parte. Y al mismo O'Higgins y a todos los suyos estimulaba igual persuasion. La falta de municiones ocasionada por el consumo hecho en todo un dia de incesante lid, y por el incendio del lugar de su depósito, turbó algo a los patriotas al caer la noche; pero ya O'Higgins habia provisto a este apuro, despachando y haciendo deslizarse por un albañal de la ciudad, no obstante el asedio y vijilancia de los enemigos, un espreso a Carrera, de quien sabia hallarse ya mui próximo con su division, para que sin pérdida de minutos le enviase municiones y acudiese a decidir de una vez la conclusion feliz de la empresa. ¿Qué le importaban la furia de los sitiadores, y los peligros y sacrificios de unas cuantas horas, si ántes del amanecer debían llegar los recursos pedidos, y con el auxilio inmediato de Carrera se arrancaria el difícil triunfo?

«Municiones no pueden ir sin bayonetas: al amanecer hará sacrificios esta division.» Esta contestacion de Carrera vino a desvanecer en parte tan lisonjera esperanza; sorpresa y dolor causó recibirla; se esperaba ménos sangre fria, mas arresto y prontitud, del jeneral en jefe sabedor de tan crítica situacion. No desmayó por esto la resistencia y valor de los sitiados; quedan cuatrocientos contra mas de dos mil; se encuentran a punto de no tener como disparar un tiro; y se atreven con todo a sostener la defensa de la plaza hasta el último trance, a no pedir gracia a la ferocidad de sus contendores. O'Higgins les asegura la anunciada cooperacion de Carrera; y en todo evento y, devorando en secreto sus temores, se decide él mismo a vender cara su propia vida y la de su postrer soldado.

A la alborada del siguiente día trábase de nuevo la lucha con mas encarnizamiento y furor. Los sitiadores, envalentonados con la tardanza de Carrera, tratan de hacer el último esfuerzo y de concluir con los sitiados. En el delirio estos de la desesperacion; sin contar ya mas que consigo mismos; circunscrito por fin el teatro del combate al estrecho ámbito de la plaza principal de la ciudad; faltos hasta del agua, cuyas fuentes todas han cegado sus contrarios; abrumados en todas direcciones por una fuerza cinco veces mayor; espuestos a ser devorados de un instante a otro por las llamas que devastan la poblacion y cunden mas y mas; consumidos los pocos cartuchos a bala con que podian aun responder a las descargas que les eran asestadas desde los techos de las casas casi a quema ropa; maldiciendo la inaccion inesplicable del Jeneral en jefe, mostraron sin embargo una intrepidez, una magnanimidad, fuera de toda comparacion, sublimes. Lidiaron con denuedo hasta cansar la fiereza y furor de sus agresores; y a la postre, perdida toda esperanza, en los momentos en que el fuego, el hambre, la fatiga y la sed, si no una última carga de Osorio, iban a consumir su esterminio, se conciertan para evacuar la plaza con todos los honores de un triunfo. Imparte O'Higgins orden al rejimiento de Freire de recibir a la grupa los restos de su esforzada division, y a la cabeza de todos rompe y atraviesa las filas enemigas. Atónitos de asombro y de terror no se atrevieron a seguir los españoles tras ese grupo de valientes y de mártires, que les abandonaba la plaza pero sin dejarles el honor de la rendicion.

Nada ménos que ufanos penetraron pocos momentos despues los vencedores, y aunque toda era cenizas, escombros, cadáveres y sangre, todavía hallaron patriotas acribillados de heridas que en las convulsiones de la agonía resistian tan bárbara conquista. «Los oficiales Ovalle y Yañez se habian apoderado del hasta de bandera para no rendirla mientras tuviesen vida; el capitan Ibieta, rotas las dos piernas, puesto de rodillas y sable en mano, guardó el paso de una trinchera hasta sucumbir bajo innumerables golpes».

Se ha dicho que Carrera tuvo el propósito de avanzar con el grueso del ejército no mas que hasta la Angostura del Paine, paso intermedio entre Rancagua y la capital, y de esperar allí a los invasores; que dió a O'Higgins orden de replegarse en retirada a este punto, en caso de no poder estorbar a los godos el paso del Cachapoal; y que obstinándose O'Higgins en la ocupacion de Rancagua contravino al plan de defensa del Jeneral en jefe y acarreó la pérdida del pais.

Por lo que respecta a Carrera, ni está demostrado, ni es presumible que hubiese tenido el plan que se le atribuye; y ni aunque en efecto lo hubiese tenido y preparado, queda de mejor data la conducta que observó. Si hubiese trazado tal plan habria perseguido de algun modo su ejecucion, y ninguna contrariedad le habria hecho desistir sin arriesgar una tentativa formal, sin jugar el todo por el todo en un esfuerzo supremo. ¿Y cómo tampoco habria juzgado posible y conveniente el plan de resistencia en la An-

gostura, si no era este un paso obligado para los españoles, si con solo que tomasen la vuelta de Aculeo, llegaban hasta la capital salvando su encuentro? Y finalmente ¿qué plan, qué mejor combinacion, qué esperanza mas lisonjera pudo obligarle a dejar en la estacada a los de Rancagua; a presenciarse a pocas cuerdas de distancia la pugna feroz, la horrible carnicería de que eran víctimas, y a hacerse sordo hasta el último a las imprecaciones con que invocaban a todas voces su auxilio? Una demostracion suya, una escaramuza cualquiera, el envío a toda costa de las municiones con tanto encarecimiento demandadas, habria dado el triunfo a los sitiados, y de la plaza entrada a saco y a degüello habria hecho el baluarte de la Independencia. Y si de miedo o por un cálculo errado o fementido no evitó la ruina de la Patria, dependiente de tan injustificable omision, justo, mui justo ha sido que cayese sobre él toda la execucion de tamaña falta.

Y por lo que toca a O'Higgins, es todavía mas concluyente la refutacion de ese comento. Se encerró y se defendió hasta el último trance en Rancagua, porque esa fué la órden que recibió, por mas que digan lo contrario los apolojistas de Carrera; porque, si no habia entrado ese evento en el plan que se supone combinado de antemano, no afectó a O'Higgins la imprevision de no contar con él; porque, léjos de provenir ese evento de su capricho u obstinacion, lo impuso fatalmente la necesidad del momento, ante la cual sí que hubiera sido imprevision, al solo O'Higgins inculpa-ble, no dar por derogado y corregido cualquier plan anterior. Con su pequeña y colecticia columna ¿cómo, ni con qué objeto accequible hubiera podido contramarchar en retirada catorce leguas, picada su retaguardia por todo un ejército veterano? Y porque, en fin, si desobedeció alguna órden o no obró con toda la prudencia y acierto deseables, fué por obedecer ciegamente la órden mas imperiosa de su bravura y del honor; por ceder a una de esas corazonadas infalibles, que guian siempre a un desenlace, sino feliz, al ménos honroso.

Fuese como quiera, en la escena trájica que cerró el primer período de la Independencia y fué bajo todos respectos su acontecimiento a la vez mas grandioso y mas infausto, O'Higgins escribió con letras de su sangre el epitafio de la Patria. Miétras la posteridad pueda leerlo, asignará justamente el vituperio y la alabanza.

II.

En los primeros dias del mes de febrero de 817, un ejército de cuatro mil hombres, a las órdenes del jeneral arjentino don José de San-Martin, subia la cordillera de los Andes para dejarse caer en el territorio de Chile sometido de nuevo, desde 814, al despotismo del sistema colonial.---Este ejército venia de Mendoza, y su reunion, su organizacion, su equipo, su disciplina eran debidos enteramente a los esfuerzos de su ilustre jefe.---Sin mas

ayuda que los desvalidos aunque numerosos proscritos, que habian venido a refugiarse a su benévola hospitalidad; sin otros elementos que los que supo procurarse a fuerza de voluntad, de maña y de teson, venciendo dificultades de todo jénero, no temiendo ofrecerse como blanco a las imputaciones mas injuriosas, ni afianzar la grandeza y acierto de su intento con los felices resultados de su ejecucion, concibió, preparó y puso por fin en marcha la expedicion destinada a devolver a Chile su independéncia y libertad. Era de esos hombres que en una empresa cualquiera cierran todas sus avenidas a la casualidad, y no la dejan otro resquicio que el que se escapa al cálculo mas prolijo y a la mas sutil prevision. Desde su salida de Mendoza traia trazado en sus mínimos pormenores todo el plan de la campaña. Sabia el poder y el alcance de todos sus medios de accion; contaba con tales y cuales circunstancias ventajosas que obtendria por la sorpresa, el error y desconcierto de sus incautos enemigos; y a fin de no darles tiempo a preparativos y de determinar a última hora otros que los adaptados a su intencion, habia destacado de antemano pequeñas partidas a fin de que, descolgándose por la cordillera por diversos puntos, llamasen la atencion de los españoles por todos ellos a la vez.---Tan perfectamente dispuso todas sus medidas, tan bien correspondieron a su objeto todos sus amaños, que en la mañana del 12 de febrero trepaba una parte de su ejército la cuesta de Chacabuco, a la vista y contra el fuego de las avanzadas realistas, que solo desde el dia anterior habian acudido a toda prisa a la defensa de este baluarte natural del territorio de su dominacion.---No pudieron contener un instante el ímpetu de los agresores; no les llegó a tiempo ningun refuerzo de su campo, situado a poca distancia, pero ocupado solo desde la víspera en la reunion y organizacion de sus diseminados tercios, y sin poder por tanto ocurrir con la presteza y fuerza necesarias a los apuros del momento. Cuando se hallaron los realistas en situacion de atender y volar al sosten de sus avanzadas, era ya demasiado tarde; descendian en pavorosa derrota hácia ellos, y ocupaba y guarnecia la posicion de que eran desalojados toda una columna del ejército de los Independientes. Esta division, a la cual cabia el honor de disparar los primeros tiros en defensa de la restauracion de la Patria, y que rompía el combate con tanto arresto y bajo tan buenos auspicios, era capitaneada por el bizarro O'Higgins. Los españoles, llenos de espanto y admiracion, divisaban ya en la eminencia de la cuesta la figura sobresaliente de ese caudillo, cuya intrepidez y firmeza les costó tan caro conocer en Rancagua, y que ahora presidia, espada en mano y en la actitud mas arrogante y enérgica, a los aprestos del inmediato e imprevisto ataque.

Segun el plan de operaciones combinado por San-Martin, O'Higgins debia hacer alto al pié de la cuesta y esperar que la division de vanguardia al mando del jeneral Soler y la de reserva con que venia el mismo San-Martin, se reuniesen o acercasen a la suya para atacar de consuno. Temió con todo el Jeneral en jefe que O'Higgins avanzase demasiado, y no bien alcanzó a co-

lumbrar por su anteojo que repechaba ya la cuesta, despachó a carrera tendida a uno de sus edecanes con la orden de detenerle al instante. El oficial conductor de ella pudo trasmitirla a O'Higgins justamente en el momento en que las primeras hileras de su columna comenzaban a ocupar la cima: «alto jeneral, alto», gritóle con toda su voz, dirigiéndose hacia él a toda brida; y no bien llegó a poder hablarle de cerca, le reiteró su interpelacion en los términos mas apremiantes. Fué un lance terrible aquel para O'Higgins: estaba ya en presencia del enemigo: su anhelada vista y la lucha que acababa de sostener contra las avanzadas para franquear la subida, habian excitado todo el ardor de sus soldados; mas al ir a lanzarse con ellos para aprovechar en una carga a la bayoneta toda la pujanza del primer ímpetu, vese de repente detenido por una orden imperiosa y terminante del Jeneral en jefe. ¿Qué hacer en este conflicto? Si obedece, pierde la oportunidad mas brillante, deja gastarse en la inaccion y en la impaciencia por atacar de una vez, los brios irresistibles de que siente animada toda su hueste, y se condena a permanecer en inmovilidad tan desventajosa ¿quién sabe cuantas horas que tardarán en sus evoluciones las columnas rezagadas? Y si quebranta la orden, si se decide a empeñar la accion sin la concurrencia de las otras divisiones ¿quién le eximirá de la tremenda responsabilidad que se echa encima? ¿quién sale garante por él de los resultados de tan osada desobediencia? Dura alternativa, pero que no le hizo trepidar mas que unos pocos segundos, los que necesitó para volver la vista en torno suyo, cerciorarse de si estaban aun mui distantes las otras dos divisiones, si en las filas realistas haria mella su inmediata agresion y si sus soldados secundarian animosos su atrevido intento. «Mis valientes», exclamó de improviso, «calad bayoneta y a la carga». A esta voz toda la columna, como impelida por una conmocion eléctrica, puso a un tiempo las armas de la manera ordenada, y rompió su marcha a paso precipitado, demostrando con un grito unísono de *¡Viva la Patria!* cuan bien se acordaba la disposicion de su propio ánimo con el mandato de su valiente jeneral.

No hai palabras que basten a espresar el asombro en el primer momento, y luego la furia de San-Martin al notar con el anteojo este acto de insubordinacion y de brutal imprudencia de su inferior. Veia por él desbaratado de un golpe todo su prospecto de combate, contrariadas en un punto sus mas acertadas medidas, y comprometido el éxito de una empresa preciosa, obra de tantos esfuerzos, vijilias y sacrificios, en el albur mas aventurado y desigual. Como el jeneral de Maquiavelo, todo su corazon estaba en la cabeza; ante las exigencias de sus propósitos, no habia amistad ni sentimientos que valiesen. En el primer raptó de su despecho y sin que se embargase en lo menor su rápida deliberacion, resolvió talvez someter a O'Higgins a un consejo de guerra y hacerle pagar con la vida las tristes consecuencias de su temeridad. ¿Qué le importaba que en nada las remediase este castigo? Tendria al ménos la satisfaccion de no dejar impune la

grave ofensa que acababa de sufrir, y daría este testimonio irrefragable de no haber tenido la culpa del aciago fin de su expedición. Entre tanto, corría presuroso con toda la reserva a evitar en lo posible fracaso tan completo.

Pero su indignación se cambió en el gozo mas inefable no bien sorprendieron su vista el destrozo y confusión que la carga impetuosa de O'Higgins producía en las filas enemigas. Se disiparon al punto todos sus temores, y con ellos toda idea de castigar en su audaz subalterno temeridad tan feliz. La desolación, que minutos ántes habia arrebatado su energía, cedió su lugar al transporte del mas vivo entusiasmo; no pensó mas que en aplicar todo su ahinco a abreviar el triunfo inmenso y decisivo, que contemplaba ya seguro. Todo contribuía al mismo tiempo a poner la batalla en el mas brillante pié en favor de los patriotas. Las bayonetas de O'Higgins y las cargas de la caballería de su división acribillaban y desbarataban mas y mas por el frente a los realistas; y cuando trataban estos de libertarse por un movimiento en masa de tan urjente contrariedad, llega a abrumarlos y a consumir su derrota la división de vanguardia, que, sin ser advertida y acelerando lo mas posible su marcha al traves de las asperezas y dificultades que habian estorbado su llegada mas oportuna al combate, cae sobre unas alturas en que apoyaban los realistas su derecha, y los desordena y arrolla de lleno tambien por este lado. No quedó a los españoles otra salvación que la fuga; se abandonaron a ella en la mayor dispersión, dejando en poder de los Independientes, mas de setecientos prisioneros, toda su artillería y un considerable parque.

La vanguardia del ejército restaurador efectuó al dia siguiente su entrada triunfal en Santiago; y poco despues las otras divisiones. No encontraron del Gobierno que habian venido a derribar mas que las señales de la precipitación y terror con que se habia disuelto en la mas vergonzosa huida. Todo se entregó sin resistencia a discreción de los vencedores. La población fué convocada luego por un bando solemne a la elección de su Supremo mandatario, y aunque la aclamación unánime designó para ese cargo al Jeneral San-Martin, su obstinada renuncia obligó a elegir en su lugar al Jeneral O'Higgins, el único igualmente merecedor y digno de tan relevante distinción. El Jeneral arjentino consintió en reservarse solamente el mando en jefe del ejército.

La suprema autoridad, y con ella toda la suma del poder público, se atribuyeron al designado por aquella aclamación. En O'Higgins quiso depositar toda su confianza la nación, librar enteramente a su albedrío el límite, el objeto, el desempeño y la duración de su mandato; él debia ser todo en la dirección de los destinos del país, y su voluntad la única regla de sus actos. Si delegación alguna emanada de todo un pueblo soberano, y conferida a un solo mandatario, puede llamarse ámplia y absoluta ¿cuál mas que esa? Recibirla fué para O'Higgins el prez de mas estima, y la prue-

ba de gratitud mas inequívoca con que podian premiarse su patriotismo y valor. La Patria, arrancada al cautiverio de infamia y de horror en que jemia desde su contraste en Rancagua, estrechó ese día contra su seno dilacerado por la brutalidad de sus opresores, al hijo querido que la restituia su libertad y la proteccion y el amor de los suyos. Rancagua y Chacabuco fueron jornadas a cual de mas gloria para O'Higgins. Su lote de subalterno en una y en otra fué con todo mas importante que el de sus Jefes; en aquella, resistiendo a no decir adios a su tierra natal, sin hacer el mas heroico esfuerzo en sosten de su incolumidad, y sin patentizar que a otro que a él debia inculparse su pérdida; y en esta, envidando en la desobediencia mas flagrante y audaz el éxito de las esperanzas de dos naciones y de fatigas y de afanes de dos años de consagracion. Luego veremos que con una última y mayor hazaña debia cerrar el anillo de hechos grandes, de triunfos y de trofeos de que la calumnia y la parcialidad mas injusta no han conseguido desengastar su efijie histórica, descollante entre las de todos los prohombres de su tiempo.

Cuanto honorífica era difícil y ponderosa la comision de que le encargaban sus conciudadanos. Gobernarlos, administrar sus intereses comunes, defenderlos contra sus propias pasiones exaltadas por su súbito retorno a la vida civil, y contra los realistas fuertes y dominantes todavía en todas las provincias del sur de Chile, desde Concepcion, y que amagaban aun mas desde el Perú, servir a todas estas atenciones, una sola de las cuales habria bastado a afanar y fatigar a cualquier gobierno, y servir a todas simultáneamente, en las circunstancias críticas y con la falta de elementos que afectaban al de O'Higgins, era ciertamente una tarea pesadísima y penosa, y de una responsabilidad capaz de abrumar al de mas arrojo. Se necesitaba crearlo todo comenzando por el respeto a la autoridad de que se le acababa de investir; recursos, instituciones, garantías públicas e individuales, todo era menester improvisar y acomodarlo al nuevo orden en que Chile iba otra vez a tentar constituirse; y a un tiempo con este trabajo de organizacion y de arreglo interior, debia batallarse sin tregua, dentro y fuera del pais, por tierra y por mar, hasta completar y afianzar la independencia ambicionada. Se daba carta blanca al Director Supremo para proveer a todo; pero no se ponian a su disposicion los medios necesarios; él tenia que arbitrarlos, él tambien que conseguirlos. Y ni aun le era dado contar de cierto con la adhesion y auxilio del pueblo, cuyo bienestar y seguridad iba a procurar a tanta costa: desde los primeros dias de su exaltacion al poder, murmuraciones y disidencias de mal agüero se habian dejado oir en medio de la unanimidad y emulacion con que se apresuraban todos a contribuir al bien jeneral. Nubecillas imperceptibles por entónces, que no alcanzaban a empañar el resplandor y limpieza del horizonte de la Patria; pero sin embargo, presajio funesto!

La primera providencia del Director Supremo se dirijió a designar las

personas de probidad y de consejo que habian de ayudarle en el desempeño de la Administracion en sus diversos ramos. Con el acuerdo de ellas procedió en seguida a establecer los tribunales de justicia, la hacienda pública, la policía de vijilancia, y a decretar erogaciones e impuestos para subvenir al servicio público y a la reparacion y aumento del ejército. Ordenó tambien el secuestro de las propiedades de los realistas empecinados, y la promulgacion de bandos terribles contra los que no se sometiesen al nuevo Gobierno, o fuesen sorprendidos en cualquiera connivencia o complicidad hostil.

Y en cuanto, allanadas las primeras exigencias del nuevo órden de cosas, pudo el Director Supremo vacar a las operaciones de la guerra, que urjía proseguir y activar ántes que la entrada del invierno obligase a paralizarlas, para suplir la direccion de San-Martin, llamado actualmente a la otra banda por negociaciones con su Gobierno, y dejando un Delegado a la cabeza de la Administracion en Santiago, con la parte del ejército que aun permanecia aquí, marchó al sur a reforzar la que habia enviado delante a las órdenes del coronel Las-Heras. El enemigo se habia fortificado en Talcahuano; estaba en posesion de la línea de pequeñas fortalezas que guardan el territorio contra los indios; tenia tambien por suya la ciudad de Concepcion, pero la habia abandonado para encerrarse con todas sus fuerzas en Talcahuano tan presto como se vió amagado de cerca por la division de Las-Heras. Esta retirada, sin embargo, mas que una ventaja cedida por los realistas a su pesar, habia sido una estratajema empleada para eludir un encuentro decisivo con adversarios en igual sino superior número, hasta la llegada de auxilios que se esperaban por instantes de Lima. Pero Las-Heras, perspicaz no ménos que impertérrito, sospechó este designio; y desde que supo se hallaba a la vista un convoi con procedencia del Callao, se mantuvo alerta. Los españoles, efectivamente, no bien se les reunieron los veteranos enviados a su socorro por el virrei del Perú, salieron de la fortificacion en la noche del 4 de mayo, y en la madrugada del famoso 5, combinando sus esfuerzos con los de unos pocos soldados que habian dejado en los buques para atraer desde ellos la atencion de los retenes patriotas situados en una altura inmediata, atacaron el grueso de las fuerzas de Las-Heras con el mayor denuedo. Pero su empuje y la superioridad de su número dieron como contra una roca: y ni por maniobras engañosas, ni por irrupciones redobladas despues en todo sentido, ni por el fuego de sus fusiles y artillería a que no dieron punto en mas de seis horas de crudísima refriega, desposeyeron a los patriotas del montecillo cercano a la ciudad desde el cual sostuvieron su defensa. La buena suerte de O'Higgins quiso que su nombre se asociase tambien al recuerdo de esta accion, memorable entre las cuatro que mas de los fastos militares de la Independencia: parte de la division con que venia el Director Supremo ayudó a Las-Heras a decidir y terminar su triunfo.

Empero, las victorias de Chacabuco y del 5 de mayo no pusieron fuera de combate a los realistas, y la sobrevenida del invierno les permitió rehacerse y esperar nuevos auxilios del Virrei. Se prepararon a romper oportunamente las hostilidades en una doble campaña, emprendida una por el ejército acuartelado en Talcahuano y el que se anunciaba venir con Osorio de Lima, y otra por montoneras que se ocupaban en organizar en la frontera. O'Higgins por su lado se aprestó a rechazar la agresion en todas partes, y no dudando del triunfo comenzó a echar con tiempo las bases de la formacion de una escuadra naval y de una expedicion al Perú, destinadas a bloquear y destruir de consuno el virreinato. La fabricacion de pertrechos, el reclutamiento y disciplina de soldados, el encargo a Estados Unidos y a Europa de buques y oficiales de marina inteligentes, estos y otros preparativos se iniciaron sin tardanza. Para sufragar a ellos fué fuerza decretar, bajo el nombre de donativos y prorrates voluntarios, exacciones odiosas; y lo único que pudo hacerse a fin de poner al Erario, en una época no mui remota, en una situacion ménos cuitada y precaria, fué promover de una vez en Europa la negociacion de un empréstito cuantioso bajo condiciones llevaderas, y despachar con este objeto un comisionado a propósito. Incierto era el porvenir bajo cuya hipoteca debia ajustarse la negociacion: ¿qué crédito de solvente habia de reconocerse a la República, cuya existencia era todavía un problema? Se contó sin embargo con que el incentivo de un pingüe lucro podria compensar a los ojos de especuladores osados lo aleatorio de la negociacion.

Dejaríamos mui atras los estrechos límites de este trabajo, si hubiésemos de seguir refiriendo uno a uno los servicios prestados por O'Higgins desde que recibió la investidura de Director Supremo. Hemos llegado a la época de su vida, en que su fuerte individualidad se diseña en todo su esplendor asimilándose la del pueblo que manda, y en que su biografía llena ella sola la parte paralela de la Historia Nacional. Su nombre se une a todos los grandes acontecimientos de su Gobierno, y no por haber sido el Jefe de este, sino porque él, el mismo O'Higgins, interviene como actor principal en esos acontecimientos, porque sus esfuerzos personales impulsan u operan su realizacion, y porque él mismo es el punto de mira y su accion el resultado de los esfuerzos de los demas. Pertenece a O'Higgins el mérito de todas las grandes obras de su Administracion, como le pertenece su vida transfundida toda entera en los alanes que ellas le impusieron.

Y por eso este período de la existencia de O'Higgins, aun mas que los precedentes, está desnudo de toda otra particularidad que las de su carrera política y militar. No se tropieza recorriendo sus mas recónditos detalles con otro personaje que el que aparece en sus hechos mas conspicuos. En el seno de la amistad, en las mas secretas deliberaciones gubernativas, en el campo de batalla, es siempre la misma su figura severa, majestuosa, marcial: nunca depone su aire franco y resuelto, el desenfado de sus maneras

y su gravedad habitual exenta de toda afectacion o hipocresía. No hai repliegues impenetrables en su alma, emociones ocultas, cuya expansion reprima el disímulo y estorben el conocimiento de su carácter en toda su plenitud; es un hombre de una pieza y que se muestra a toda luz siempre el mismo y tal cual es.

Y esta simplicidad y franqueza fueron de tal modo del carácter de O'Higgins, que en otra esfera de actividad que la del servicio público se amortecía del todo su enerjía moral; las pasiones y debilidades de la condicion humana no encontraban en él sensible otra fibra que la del patriotismo. La razon de su conducta, el criterio de su deber, la relijion de su culto, y el objeto de toda su ambicion y desasosiego eran la Patria, su independencia y su prosperidad. Como esos héroes de las tragedias de Alfieri negados a todo sentimiento que no sea el odio a la tiranía y el entusiasmo por la libertad, personajes inverosímiles de puro bien adaptados al ardor republicano del poeta, así en O'Higgins se refleja tanto el espíritu de su tiempo y de su pais, se adunan tan perfectamente las impaciencias, las excitaciones, el fanatismo patriótico de sus gobernados, y de tal modo excluye esta espresion todo accesorio extraño, que se le creeria mas bien una transfiguracion de la entidad ideal, resorte y referencia de sus actos, que el modo de ser de una personalidad humana.

El amor, la amistad, los afectos de familia, los devaneos mundanos ¿qué influencia, qué cabida tuvieron nunca en la vida de O'Higgins? El hombre privado se absorbió todo en el hombre público; y esta sola frase denota bien hasta qué punto no ajitaron su pecho esas gratas impresiones. ¿Ni a cuáles hubiera podido mostrarse sensible el pobre bastardo cuya niñez no habia conocido otro hogar que el de la nodriza mercenaria a que fué entregado al nacer; cuya juventud no habia tenido otro campo de soltura que el sombrío y solitario claustro de un convento; y que, cuando resituido a su pais natal hubo de granjearse un lugar en la sociedad, otro prestijio que el humillante de su nacimiento, nada alcanzó a buenas, por la jenerosidad o proteccion de sus compatriotas, sino por la justificacion de su valor e integridad?

Como hai fisonomías que se prestan a ser trasladadas en busto por la prominencia y fijeza de sus facciones mas características, hai tambien perfis morales tan pronunciados y persistentes que el buril de la Historia puede reproducirlos con toda fidelidad. En el carácter que bosquejamos es tanto mayor este relieve cuanto que es una sola, y la misma siempre, su cualidad sobresaliente.

El nombre de Lircai o Cancha-Ranyada tres veces fatal a la causa de la libertad en Chile, los de Maipú y Curalí, la espugnacion de Talcahuano, la toma de Valdivia por la escuadra naval reunida y tripulada al fin a duras penas, las importantes adquisiciones que esta arrebató a los realistas y con las cuales aumentó y mejoró su escasa dotacion primitiva, la espedicion

que ella misma trasportó al Perú, el triunfo definitivo alcanzado allá y que fué el complemento del obtenido aquí; tres millones de pesos invertidos en solo esta última campaña, y nueve mas en la reconquista y terminacion de la Independencia Chilena; el acta en que se la proclamó formalmente, declarándose los principios de igualdad y libertad sobre que se constituia el naciente Estado; la ereccion de Valparaiso en entrepuerto jeneral del Pacífico; la creacion de almacenes francos para el depósito de las mercaderías en tránsito; las leyes dictadas para asegurar al extranjero la indemnidad y hospitalidad mas liberales; la devolucion de las propiedades injustamente secuestradas; la abolicion de todos los títulos y distintivos de nobleza; el establecimiento de la Lejion de Mérito; todas estas instituciones y muchas otras de un órden mas secundario, todos esos hechos de armas y afanosas improvisaciones; todos esos felices resultados deponen mas en pro de O'Higgins que los elojios mas pomposos. Las vicisitudes posteriores no han podido deslustrar esos timbres imperecederos de su laboriosa y pura Administracion.

Y con tributar este homenaje al eminente mérito de O'Higgins no se amengua el de los que colaboraron inmediatamente, o contribuyeron en mayor parte, en muchas de las empresas mas portentosas de su Gobierno. San-Martin en Chacabuco y Maipo, y luego despues en el Perú a la cabeza de la espedicion chilena; Cockrane y Blanco al frente de la Escuadra; Manuel Rodriguez en Santiago despues del desastre de Cancha-Rayada; Las-Heras en el Gabilan; Freire en Curalí; Brayer delante de Talcahuano; el hábil, íntegro y leal Echeverría, como director y moderador de la política gubernativa; Zenteno, Irizarri y Rodriguez Aldea como sus infatigables y fieles ministros; Zañartu, como representante y defensor de la República en la otra banda; todos segaron lauros inmarcibles combatiendo y trabajando por dar cima a la restauracion de la Patria. Lo que sin embargo no impide que en la corona cívica tejida con las ofrendas de todos, resalten como su mas bello floron las de O'Higgins.

Y ¿quién lo creyera? en ese Gobierno que correspondió tan bien al lleno de su mision, hincó su diente la maledicencia de algunos contemporáneos; y sus calumnias mas denigrantes han sido despues aceptadas y adobadas injeniosamente para darles aires de verdades inconcusas. A ese Gobierno, tan desprendido de todo otro interes que el del Estado, tan ajeno de cabalas de bandería, tan consecuente a los fines de su institucion, se le ha hecho la afrenta de llamarlo Dictadura; y a su Director, tan perseverante y animoso en su consagracion, se le ha inventado el proyecto no solo de fundar y perpetuar de por vida esa Dictadura en su persona, sino de subordinarla a una monarquía, bajo la cual, en connivencia con O'Higgins, no se ha temido decir que San-Martin habia intentado reunir Chile, el Perú y las Provincias Argentinas. Toda la epopeya magnífica de la lucha sostenida en esos tres pueblos para arrancar y asegurar su independencia,

se la hace rematar por estas adulteraciones groseras casi en un sainete ridiculo; y a sus dos protagonistas, en vez del porte propio, digno y severo con que se mostraron en las escenas mas grandiosas, se les hace tomar el de sátrapas de teatro, cambiar su sencillo uniforme de guerreros por las lentejuelas y oropeles del cómico, y hacer ellos mismos el papel mas despreciable en farsa tan pueril.

Si por Dictadura se entiende el poder absoluto conferido a uno solo, llámese enhorabuena Dictador a O'Higgins; lo fué en toda la estension de la palabra. Pero si se quiere ademas significar algo de atentatorio o abusivo en el réjimen designado por esa denominacion, algo de puramente dirigido al interes personalísimo del que manda, algo de lo obrepicio y refractario que tuvo la dictadura de Carrera en el año 14, en este sentido no conviene al Gobierno de O'Higgins. Ningun estatuto formal reguló su ereccion, su organizacion ni sus actos; solo la sancion del hecho y la obediencia efectiva de los pueblos astrictos a su reconocimiento legalizaron su orijen y forma; mas el poder así ejercido lo fué solo en obsequio de la conveniencia jeneral, y por discrecional la jestion no fué trasgresiva ni renitente. Nunca perdió de vista O'Higgins el objeto de su mandato, ni le abandonó el convencimiento de deber a su desempeño cuanta era su ilimitada autoridad. Esta conciencia le infundió valor para obrar y sacrificarlo todo en los instantes decisivos, y para no desmontar su política cediendo a escrúpulos mezquinos o a los desvíos volubles en que dividieron la opinion los varios trances de su Gobierno. ¿Llega el caso de ajusticiar a un Zambruno para satisfacer la vindicta pública ultrajada durante la reconquista por las atrocidades de ese desalmado sayon del coloniaje? O'Higgins no tiene reparo para ordenar, casi sin prévio juicio, tan justa retorsion. ¿Cae por fin en poder de los Patriotas el montonero Benavides, de aciaga celebridad por sus traiciones, sus crímenes, sus sangrientas y alevosas hostilidades, y la violacion cometida en el valeroso Jeneral Alcázar y 80 soldados de la capitulacion bajo cuya fé se le habian rendido a mas no poder? No tiembla tampoco a O'Higgins la mano para firmar la denegacion de todo indulto al pié de la sentencia de muerte de tan malvado y temible bandido. ¿Se hace necesario cruzar en la otra banda las maquinaciones de la faccion Carrerina, exasperada por el fusilamiento de dos de sus cabecillas y excitada mas que nunca por su impávido Jefe, desvivido, ya no tan solo por atacar y sobreponerse al partido dominante en Chile, sino por vengar aquel asesinato perpetrado en dos parciales y hermanos suyos? El hombre mas avisado y de trastienda que pudo encontrarse, el mas fecundo e incansable en el campo de la intriga, y sostenido y ladino en el de la alta diplomacia, don Miguel Zañartu, fué el ajente enviado allá por O'Higgins a cortar el revesino a esa conspiracion. ¿Manuel Rodriguez quiere tornar contra el Gobierno el ascendiente de su gran popularidad tan justamente adquirida, avanzándose en una de las jenialidades de su arrestado carácter hasta ir a

vociferar amenazas y peticiones altaneras al patio mismo de Palacio, a la cabeza de una muchedumbre tumultuosa? O'Higgins, reconocida la ineficacia de los medios de consejo y amigable composicion ensayados sin éxito con un rebelde cada vez mas arrojado, expide resueltamente la órden de su prision y enjuiciamiento (1).

¡Ojalá que hubiese podido menospreciar las intenciones de estos dos facciosos y que el lastimero fin de ámbos hubiese sido mas bien el suyo, si esta desgracia no habia de haber costado a Chile una nueva guerra civil y otra reconquista, mas sangrientas y ominosas que las de 814! ¡Ojalá que el mismo O'Higgins hubiese tenido ocasion de hacer a un lado, de un modo o de otro, pero avocándose la responsabilidad de todos sus procedimientos, aquellos dos indomables y rehacios perturbadores, enemigos jurados de su Administracion! ¡Ojalá que una potestad superior y un acontecimiento casual no se hubiesen como complotado en su favor para venir a remover, tan a tiempo y para siempre, ese doble jaque que amagó de muerte su propia vida, el predominio de sus adictos y la estabilidad del órden político por él

(1) Nunca hemos podido asentir a la version tan desautorizada, y sin embargo tan jeneralmente admitida, por la cual se hace aparecer a Rodriguez como asesinado del modo mas alevoso por órden de O'Higgins. Ha sido preciso desnaturalizar y torcer los hechos en que se apoya esta version, para adaptarlos a su horrible antojo; y ni aun así deja ella de ser tan inverosímil cuanto repugnante. ¿Cómo creer que al enviarse a Rodriguez a Quillota seguido por todo un batallon y bajo la custodia inmediata de una de sus compañías, que debian alternarse para este servicio durante la marcha, se hubiese confiado al teniente Navarro la órden de asesinarle? A no ser que se suponga tal maldad y cinismo en los autores del atentado, y tanto valor en el subalterno que eligieron para su instrumento, que prefiriesen la luz del medio dia y el peligro de la mas completa publicidad, al sijilo y misterio en que hubiera podido envolverse de mil modos el crimen, si realmente se hubiese querido perpetrarlo. Los sostenedores de la version confiesan que el oficial Benavente, en el tercer dia de la marcha, pasó a Rodriguez un cigarro en cuyo papel habia escrito con lapíz «huye, no pierdas tiempo». Si un oficial de la custodia del reo, y por supuesto algunos soldados, se prestaron a proteger su evasion ¿no es natural coleccionar que Rodriguez, por otra parte tan osado, tan aventurero, la intentase; y que si la intentó, Navarro o el que por su órden disparó a aquel un tiro en su fuga, no cometió un asesinato? El ardid del cigarro denota claramente que se quiso decir algo a Rodriguez a hurtadillas de Navarro ¿qué otra cosa pudo ser que para incitarle a la huida? ¿Así no lo dan a entender tambien las palabras del cigarro? Para comunicarle solo meros temores por su suerte, la peligrosa situacion en que le consideraban, no eran necesarias tantas precauciones y ménos de parte de un oficial superior en grado a Navarro. Y por fin, si Rodriguez fué asesinado como se pretende ¿cómo pudo ser que nada resultase ni contra Navarro ni contra nadie en el sumario instruido sobre la marcha? ¿cómo fué que ni el oficial Benavente ni Zuluaga, amigos de Rodriguez, que se supone estaban en el secreto de la trama urdida contra él, y habian trabajado mucho por cruzarla, no divulgaron inmediatamente sus sospechas, y por un denunció reservado o una revelacion formal no hicieron valer y obrar en el proceso seguido despues, los datos de que estaban en posesion? ¿cómo fué que en el segundo enjuiciamiento a que se sometió Navarro despues de caido O'Higgins, a pesar de haber tenido lugar ese enjuiciamiento ante un consejo de guerra compuesto de oficiales enemigos todos de O'Higgins, alguno de los cuales no se ha avengonzado de hacerle despues cargo por la muerte de Rodriguez, nada resultó entonces que diese visos de justa o probable a la suposicion del asesinato? Y por último ¿cómo en el lapso de mas de treinta años y habiéndose manifestado tanto afan por justificar esta inculpacion a O'Higgins, la mas horrenda que ha podido hacersele, nada, nada se ha descubierto en su apoyo?—Hablillas, rumores, vanas conjeturas, que por suerte llevan en sí mismas contradicciones e implicancias bastantes a redargüirlas. Y cuando así no fuese, mientras pruebas evidentes y razonables no vengan a inclinar fundadamente el asenso del historiador ¿por qué no preferir, conjetura por conjetura, la mas plausible y que no cede en perjuicio de nadie ni baldon de nuestra historia, a la que dista mucho de tener estos caracteres?

No decimos lo mismo de la inhumanidad y villanía reprochadas con tanta razon a O'Higgins por haber hecho pagar públicamente a don Ignacio Carrera la cuenta de los gastos ocasionados en Mendoza por la ejecucion de sus hijos. Algo diéramos por poder oponer a los documentos fehacientes que comprueban este cargo una disculpa que atenuase su gravedad!

instaurado y sustentado! Con el último suspiro de O'Higgins inmolado a la venganza de sus émulos habria concluido la tranquilidad interior del Pais; pero la memoria de su defensor se habria conservado immaculada y en todo su resplandor; no la habria salpicado sangre de sus compatriotas derramada sin su culpa; y la aureola prestigiosa de la desgracia no habria cubierto con agravio suyo estravíos los mas culpables. ¿Porqué el hado venturoso de Chile quiso otra cosa, y que la buena fortuna de O'Higgins viniese a servir de argumento sin réplica contra sus sinceradores? La historia circunspecta i imparcial no se dejará alucinar con tódo por la equívoca luz de las apariencias.

¿Pero qué decir de la Dictadura y Monarquía a cuyo establecimiento, se ha sostenido sin empacho, conspiraron de acuerdo los esfuerzos de San-Martin y O'Higgins? No son ni especiosas siquiera las interpretaciones en que se apoya esta imputacion. En la creacion de la Lejion de Mérito seria tan absurdo hallar uno de sus fundamentos, como en la órden de *Cincinnati* de los Estados-Unidos la coherencia del mismo designio atribuido a Washington. La resistencia a ampliar las libertades públicas fué una condicion vital para un gobierno encargado de sofrenar y satisfacer juntamente los excesos y anhelos de una revolucion al dia siguiente de su triunfo. Y las negociaciones que mediaron con los Gobiernos de Europa, interesados en hacer Rei de una parte de la América al que lo era a la sazón de Etruria para que quedase este Estado al hijo de Napoleon y nieto del Emperador de Austria, mal pueden acusar nada ni contra O'Higgins ni contra San-Martin, habiendo sido rechazadas de plano en cuanto afectaban a Chile, y no por el Ajente Diplomático de la República acreditado para ante aquellas Cortes, de su movimiento propio, sino por órden expresa y terminante que le fué comunicada a consecuencia de su juiciosa consulta sobre el particular (1).

Dígase, si se quiere, que la jenerosidad o la prudencia no inspiraron muchas de las medidas de la Administracion de O'Higgins; al fin este seria un capítulo de censura no tan destituido de todo fundamento, y si por acaso injusto, como lo es en efecto, no por endosarse responsabilidades o culpas a otro que al que tocan, o imaginarse colusion hasta con la casualidad, sino por el punto de vista en que el historiador se coloque o la norma a que

(1) Existen en nuestro poder, orijinales, las notas cambiadas con este motivo entre el Gobierno de Chile y su Ministro Plenipotenciario en Lóndres, don Antonio José de Irizarri. En la suya expresa el Ministro a su Gobierno las dificultades que ocurren para hacer reconocer la Independencia a los Gabinetes a que se le habia ordenado dirijirse, y salvando sus opiniones como simple particular, *haciendo, dice, la mayor violencia a sus sentimientos republicanos*, se ve en el caso de instar o porque se le autorize para adherir al establecimiento de una o mas monarquías en América, ya que los demas Estados Americanos parecen prestar su aprobacion a este proyecto y que los Gabinetes de Austria, Inglaterra y Portugal se demuestran tan vivamente interesados en llevarlo adelante; o porque, con la brevedad que las circunstancias demandan, se le determine y prefina con toda precision qué otra conducta haya de observar.—La contestacion del Gobierno, (lleva la firma del Ministro don Joaquin Echeverría) no pudo ser mas discreta y cabal. El reconocimiento de nuestra Independencia, se repone en ella, despues de otras muchas reflexiones no ménos justas, nada tiene que ver con el de la forma de gobierno que elijamos: no queremos que se reconozca la excelencia de tales o cuales instituciones, sino solamente nuestra aptitud, nuestra fuerza, nuestra sostenida determinacion de no ser gobernados por la España, y para esto

adapte su juicio. Las confiscaciones, las exacciones y otros rigores de la primera época de la Restauración, que ciertamente tuvieron lugar, han podido, por ejemplo, calificarse como expoliaciones inútiles y represalias inhumanas. Se comprende muy bien que pueda emitirse esta opinión haciéndose completa prescindencia de las necesidades instantáneas y de los azares de la situación que forzaron la mano al Gobierno; que se juzgue las cosas de entonces con las ideas de ahora, o lo que es todavía más arbitrario, que se consideren en abstracto, sin dependencia de condiciones de tiempo, lugar ni otras algunas, sucesos que se efectuaron precisamente bajo la acción de todas ellas. Hai quienes profesan de buena fé este singular criterio, según el cual la política es una ciencia de axiomas y el estadista un ente pasivo que los aplica más o menos bien. Hai quienes, por horror a los crímenes cometidos muchas veces en nombre de una mentida razón de estado, este sofisma de que suele prevalerse el despotismo, sostienen a voz en grito que el gobernante debe conformar su conducta, en todos tiempos y bajo el imperio de cualesquiera circunstancias, con los preceptos invariables de la más estricta justicia y de la moral más austera, y negar todo acceso en sus deliberaciones a los dictados de la salud pública, que sin embargo es el objeto primordial de su misión. Empero, al querer sujetarse a esta regla, simple a la par que inflexible, el modo de obrar en política, se olvida que más que ciencia de teorías y de utopías lo es de conocimientos prácticos, de exacta apreciación de las urgencias del momento, y de los resortes más eficaces que convenga tocar para salvarlas; y que si de algo inmutable y eterno no deben jamás desviarse sus procedimientos es solo de la honradez. La política discreta al mismo tiempo que moral, la política de Franklin y de Fenelon, la que se propone la virtud sin perder de vista la utilidad, la que ofrece la abnegación de sí misma solo en pro de los demás, y que no abdica su energía ante el grito de la piedad o los aspavientos del horror, esa política guió también a O'Higgins al decretar los secuestros y rigores a que se refiere la increpación de que le defendemos. Bello y grande hubiera sido que sin apelar a recursos extremos se hubiese protegido la causa que acababa de triunfar en Chacabuco; más hubiera sido también imprudencia y apocamiento abstenerse de represalias contra un enemigo que las provocaba atroces, y aunque derrotado, no vencido; y dejarse supeditar por un vano prurito de clemencia o jenerosidad.

nada influye en el día que adoptemos una Constitución monárquica o democrática.—Los Gabinetes de Europa no tienen derecho para injerirse en nuestros Gobiernos.—En el estado a que han llegado las cosas le es más interesante a cada uno de los nuevos Gobiernos de América cultivar la armonía entre ellos que dar gusto a los Gabinetes de Europa.—Si ha de consultarse la opinión pública ¿y cómo no, tratándose de dar una Constitución a Chile? no puede pensarse un momento en adoptar la forma monárquica. Si en Chile hai alguna opinión sobre este punto, está decidida y pronunciada contra la monarquía..... Por los fundamentos que dejo espuestos ha resuelto S. E. el Supremo Director que omita U. S. por ahora todo paso que pueda inducir a que los Gabinetes Europeos se persuadan de que Chile ha de constituirse en monarquía, estando sí a la mira de los progresos que hagan en sus negociaciones los Enviados de los otros Estados de América, y dando cuenta oportunamente para las providencias que se hayan de adoptar.—Santiago de Chile, marzo 20 de 1822.—*Joaquín de Echeverría.*

Empero, ¿a qué razonar contra la ambicion egoista y las trazas de maquiavélica tiranía motejadas a la política de O'Higgins, cuando la mejor refutación es esta misma y lo que alcanzó el país por su medio, y cuando si fuese posible arrancar a nuestra historia las páginas brillantes agregadas en los seis años de ese gobierno, con solo que se salvase la de su abdicacion quedaria un documento irrefragable de completo abono? El Dictador, el tirano, el que ha hecho del poder su patrimonio, no lo depone como lo depuso O'Higgins. El Patriota por excelencia, que tiene en su alma la elevacion de un Decio o de un Camilo, es solo capaz del razgo de entereza y desprendimiento con que terminó su carrera pública el fundador de la Independencia nacional y del orden civil de Chile.

Desde que la antigua colonia hubo visto conquistada de hecho su emancipacion y alejado todo temor de perderla, el deseo de reglar el ejercicio de su soberanía y revocar su delegacion en O'Higgins se hizo impaciente y jeneral. Una carta fundamental, otorgada por representantes debidamente nombrados e instruidos, y vaciada en el molde de las constituciones mas liberales modernas, pasó a ser la orden del dia, tema de discusiones y preocupaciones fervientes en todas partes. Llamóse despótico el réjimen actual; quísose su inmediata y total cesacion, y que no continuase O'Higgins al frente del que debiese sustituirle. Motivo y pretesto juntamente, pues que tanto como ensayar una organizacion política sobre bases mas demarcadas y anchurosas, se queria tambien satisfacer un capricho de la versátil aura popular. La idolatría de un tiempo por O'Higgins se habia convertido en descontento en algunos, y en los que no, en una indiferencia glacial. Pero nada se habria tramado contra la persona del Director, y la conmocion nunca habria cundido y aumentado con tanta rapidez que no hubiesen podido reprimirla concesiones oportunas, a no haber sido inducida la mayor parte del Ejército a una abierta rebelion por el Jeneral Freire, que lo tenia enteramente a sus órdenes en Concepcion, y que no temió robar al Gobierno la obediencia de tres provincias, traicionando los deberes de su cargo militar y abusando criminalmente de la subordinacion de su tropa. Si el caviloso Jeneral hubiese previsto entónces el talion terrible que le estaba reservado y lo estéril de su desdoro! Era bastante patriota y hombre de bien para haber impuesto silencio a sus resentimientos particulares. No habria dado un nuevo ejemplo corruptor de esos motines soldadescos que tantas veces se han confundido en nuestra historia posterior con los grandes movimientos populares, y que si muchas han contribuido a segundar claros y patrióticos fines, alguna (¡mui reciente y lamentable!) han sido causa de su desastrado aborto: auxiliares malditos, que cuando no traen su continjente sin que se les pida y detras del bastidor del pueblo, so color de servir a sus intereses, solicitan y entronizan su propia granjería, bastardean la causa que se pone voluntariamente bajo su patrocinio, y lo que debiera ser un poco mas tarde conquista segura y pacífica de la fuerza de las cosas, la anticipan a bala-

zos, pero para verla a poco desplomada sobre el terraplen movedizo y los charcos de sangre de su cimiento.

O'Higgins no comprendió al principio la tendencia inmediata de las insurrecciones, apénas sucesivas, de Concepcion, Valdivia y Coquimbo: tomó a la letra las ínfulas de liberalismo que ostentaban y su clamor por una Convencion Constituyente: no vió que no eran mas que solapas inventadas para decorar de algun modo la ojeriza a su persona que animaba principalmente a los promovedores y corifeos en las tres provincias. Se persuadió de que tentado el vado a una conciliacion prudente, desfiriendo sin rodeos a las exigencias ostensibles, conjuraría la tempestad; y envió con esta mira por sus plenipotenciarios al Norte y al Sur sujetos respetables y capaces. No habia doblez en su alma; la esperiencia no le habia enseñado a no suponer su simplicidad en los demas: le faltaba esa penetracion que no engañan los artificios mejor aderezados; nadie ménos cursado que él en los amaños de la política a pesar de los seis años de su Directorio. Todos en Santiago se daban ya públicamente los parabienes por la nueva de lo acaecido en las otras provincias; se formaban corrillos en las calles y plazas, y en acaloradas arengas se exhortaba a la sublevacion; el soldado, el ciudadano, la primera clase de la sociedad, el populacho, ninguno se abstenia de tomar parte en la efervescencia jeneral. Circulaban de boca en boca rumores los mas alarmantes; en la tarde del domingo que precedió al dia de la abdicacion era uno de los mas validos que a la noche seria asesinado en el Teatro el Director; por toda la ciudad se advertian indicios precursores de algo mui grave y extraordinario; y todavía el que debia ser la víctima no daba la menor atencion a cuanto se aprestaba en su contra. Le inquietaba tan solo el éxito de las negociaciones recientemente entabladas. No se efectuó por fortuna ningun atentado contra su persona; pero en la noche del dia antedicho y en la casa que es hoi el Palacio del Arzobispo, situada en un ángulo de la misma Plaza en que se hallaba entónces el del Gobierno, y en cuyo interior estaba O'Higgins ajeno en gran parte de cuanto sucedia, se habia reunido en gran número lo mas notable del vecindario, y bajo la presidencia de don José Maria Guzman, Intendente de la provincia, deliberaba sobre emprender sin tardanza en Santiago la misma sublevacion que en las otras provincias y obligar a O'Higgins a dejar el mando. El funcionario de mas categoría de la ciudad, despues del Director, y su ajente inmediato, Guzman, prestaba su adhesion y patrocinio, algo mas, la autoridad de su cargo y el asilo de la oficina de su despacho, a un conciliábulo dirigido a preparar e iniciar una insurreccion contra la Majistratura Superior de la República. ¿Qué mucho que otros funcionarios subalternos, y los jefes y muchos oficiales de la guarnicion, y hasta algunos edecanes del Director, se atreviesen a faltar del mismo modo a su deber? Los que no vinieron espontáneamente a ofrecer su apoyo a la asonada en proyecto, hicieron lo que el coronel Pereira, comandante de uno de los batallones acuartelados en la

capital, y tenido como paniaguado de O'Higgins; quien, no bien recibió un recado del Intendente invitándole a la reunion, se presentó a los conjurados a prometerles, no tanto como poner a sus órdenes toda la fuerza de su mando, pero sí la seguridad, que valía lo mismo, de no hostilizarlos con ella. Traicion a medias, pero mas vituperable que si lo hubiese sido sin rebozo, porque se comprometia su reo a negar la obediencia y la proteccion al Jefe a quien las debia sobre todo otro respeto, pretendiendo cohonestar su delito a la sombra de una distincion de teólogo, no de hombre de honor, entre sus deberes de ciudadano y de militar. Al frente de su tropa no podia ser lo uno y lo otro; y excojitando un término medio para conciliar una aparente incompatibilidad, no hizo mas que delinquir doblemente.

La conclusion de este indigno conciliábulo fué dejar acordado para el dia siguiente la reunion de una gran poblada en el Consulado, a donde irian a constituirse en cabildo abierto todos los presentes, para llamar ante sí y deponer públicamente al Director Supremo. La destitucion quedó desde luego decretada de puño y letra del Intendente Guzman y designados los oradores que debian notificarla a O'Higgins en el lugar y con el aparato convenidos. Como la espada en la vaina, se guardó en el sijilo por toda aquella noche el plan combinado, y se retiró cada cual a su casa para venir a concurrir al dia siguiente a la ejecucion.

Cuando por la mañana del memorable 28 de enero de 1823 pudo O'Higgins notar la agitacion que ya reinaba en todo el vecindario y supo que las autoridades municipales y un gran jentío discutian en la sala del Consulado el modo de hacer efectiva al instante su separacion del poder, le afectó profundamente ménos la demasía del intento, que el haberse urdido y preparado desde la noche anterior, con tanta felonía, sin habersele requerido ántes para que abdicase de grado, y abrigando y presidiendo tan odioso complot amigos y subalternos suyos, de toda su confianza. Si se hubiese apelado a su jenerosidad no se habria resistido un momento a satisfacer a los que pedian su destitucion. Pero decidirla de antemano, querer efectuarla a viva fuerza, y no como quiera, sino en el acto mas solemne y mostrándole a la espectacion de todos sus conciudadanos en el aislamiento obrado por la traicion y el soborno; hé aquí lo que le ofendió de muerte y le lanzó fuera de sí a arrostrarlo todo, ántes que una indignidad y humillacion tan enormes. Era ménos su persona, que la autoridad de su investidura, la que resolvió conservar ilesa.

De sus Edecanes no tenia consigo mas que al Coronel veterano, don Agustin Lopez: se le habia venido a anunciar que el Batallon de la Guardia al mando de Pereira, y el Escuadron de su Escolta al del coronel Merlo, estaban a las órdenes de los sublevados. A su palacio no habian aportado esa mañana ni ministros, ni consejeros, y ni sus allegados mas habituales. No podia hallarse mas sin amparo y en un peligro mayor ni mas inminente; pero no por eso le fallaron su incontrastable presencia y ener-

jía de ánimo. Térciase la banda tricolor, emblema de su augusto cargo, ciñese su gloriosa espada, monta a caballo, y, seguido solo de su fiel Edecan, se dirige al cuartel de San Pablo a reducir a su deber la amotinada Escolta. Sorprende al comandante Merlo, justamente en el momento en que, rodeado de los oficiales de su Escuadron y al frente de la tropa que descansaba sobre las armas, comunicaba a los primeros en voz baja las intenciones de la poblada reunida en el Consulado y su propio designio de coadyuvar a su logro. Pero al ver entrar al Director, por el movimiento mas irreflexivo, le rindió la tropa los honores de ordenanza, y toda la oficialidad se retiró tambien a sus puestos, dejando en medio del patio a su Comandante estupefacto de susto y de asombro. Acercársele O'Higgins con la mayor resolucion; echarle en cara su negra perfidia, arrancarle las charretelas con su misma mano y proclamar Comandante en su lugar al veterano Lopez que venia a su lado, todo fué uno. La tropa y la oficialidad presentaron al punto las armas a su nuevo Comandante, quien no bien les ordenó echarlas al hombro y marchar escoltando al Jefe de la República, resonó en todo el cuartel un viva de entusiasmo y se puso en movimiento todo el escuadron, sin volver siquiera la vista al mohino y degradado Merlo, sumido todavía en su estupor.

La traicion a dos caras de Pereira indicaba la debilidad de su carácter; y como, por otra parte, no tenia O'Higgins en esos momentos otro Jefe de quien echar mano, se determinó a no quitarle el mando de su batallon, y a impelerle y obligarle mañosamente al cumplimiento de su deber. Vino al cuartel de estos otros soldados; hizo detenerse a la puerta a la Escolta que traia consigo; penetró él solo y peroró a la tropa con el mayor coraje. Sus enérgicas palabras decidieron tambien un pronunciamiento unánime en su favor, y nada ménos que contrariarlo intentó el cobarde Comandante.---Hecho esto y teniendo ya de su parte una y otra columna, las mandó formar en la Plaza principal, y partió delante el mismo a esperar sereno en Palacio el desenlace de la sedicion.

Los dos triunfos que acababa de arrancar O'Higgins intimidaron algo a los reunidos en el Consulado. Desistieron de osar allanarle el fuero y espedirle de Palacio sin miramiento alguno, proposicion a la que se habia expresado en los principios una aquiescencia bastante jeneral; y se dispusieron solo a llevar a efecto lo acordado en la noche, y aun esto salvando los homenajes y respeto debidos al Director. Una diputacion, compuesta de las personas mas caracterizadas de la reunion, fué a suplicarle se dignase venir a oír la representacion respetuosa que se queria someterle.

Accedió O'Higgins a la súplica y se dirijió sin temor al Consulado. Sus Ministros y Edecanes, que se le habian reunido poco ántes, le acompañaron hasta la puerta de aquel edificio, donde se separó de ellos para abrirse paso por entre la compacta muchedumbre que llenaba el patio intermedio entre el zaguan y el corredor del frente. No recibió en su tránsito

ninguna manifestacion sino de reverencia y acatamiento a su autoridad: se le veía venir en plena posesion de ella, seguro de sí mismo, con paso firme y continente sereno. Cuando entró en la Sala todo el concurso se puso de pié correspondiendo a su salutacion, y facilitándole acceso hasta la gradería sobre la cual estaban a uno y otro lado los Diputados del momento. Subióla, y fuese a colocar en la testera de la sala bajo una especie de dosel que allí habia.

«Muy a mi pesar, dijo, haciendo la mayor violencia a mis sentimientos particulares, y solo porque hubiera podido interpretarse mal una negativa de mi parte a deferir a vuestro llamado, me he resuelto a comparecer ante vosotros. Aquí estoy, pues---Sepamos, ¿qué me quereis? ¿cuál es el objeto de esta reunion?»

No tanto estas palabras, como el jesto imperativo y el tono firme con que fueron pronunciadas, concluyeron por invertir completamente la actitud de señorío y superioridad que minutos ántes todos los presentes se habian preparado a afectar delante del Director. Este pasó a ser el personaje principal de la escena, el centro del episodio que iba a desarrollarse; y los que se habian soñado dar la lei, pasaron sin querer a recibirla.

Don José Miguel Infante, el orador impertérrito del Cabildo del año 10, hombre de pecho y de pro, se apresuró a responder a aquella interpelacion, y a cumplir el encargo a que estaba obligado desde la noche anterior. Empero, apenas habia dado principio a su discurso, cuando le interrumpió el Director para preguntar con un marcado ademán de enfado qué título tenia para dirigirle la palabra aquel interlocutor. El orador tan brusca y justamente interrumpido, se descompuso todo, no halló que contestar; y un silencio bochornoso se habria seguido por largo rato en todo el concurso a la pregunta del Director, a no tomar repentinamente la palabra por todos, pidiendo una doble venia, don Mariano Egaña, mas orador y de mejores maneras que Infante, y dotado tambien de una independenciam de carácter que en el curso de su vida pública fué desde entónces tanto mas admirable cuanto que contrastaba singularmente con su timidez moral. Se guardó de pronunciar una sola frase del discurso que traia preparado; pero improvisó otro lucido, fácil, insinuante, y perfectamente adaptado al lance del momento. Su conclusion fué pedir que el Director no tuviese a mal la apelacion respetuosa que se habia hecho a su patriotismo y bondad para deliberar en comun sobre la situacion azarosa en que habian puesto a la capital las noticias últimamente llegadas de Coquimbo y Concepcion.

O'Higgins repuso al instante, sin apearce del tono de gravedad y firmeza que habia tomado desde un principio, que ya habia provisto a esa urgencia dictando medidas y tocando resortes que debian restablecer pacíficamente la quietud y el órden en toda la República; y exijió que la reunion se disolviese al punto en esta confianza.

Don Fernando Errázuriz tuvo entónces la enerjía que faltó a los de-

mas. Vió que iba a obedecerse a la voz del Director; que por no ser nadie el primero en espresarle con franqueza el objeto de la reunion (tanto habian impresionado el jesto severo y la resuelta intimacion de O'Higgins) iba a frustrarse del todo lo emprendido, con grandísimo desaire y disgusto jeneral. No vaciló en tomar él la palabra, y sin curarse de la facundia y conveniencia de su frase, pero poniéndose perfectamente a la altura de la situacion y sin herir en nada la susceptibilidad del Director, le significó claramente que su abdicacion voluntaria era el único medio, triste y doloroso, pero necesario, de restablecer la tranquilidad pública. «La misma conmocion que en el Norte y Sur, agregó, ha estallado ya en la Capital. Todos en este recinto acatan y respetan en V. E. la inmunidad de vuestro excelso cargo, la sagrada autoridad de que os hallais investido, el patriotismo ardiente, las grandes virtudes que os adornan y los inmensos servicios que el pais os debe. Pero todos tambien, Exmo. Señor, no temo afirmarlo, han llegado a creer necesario que resigneis el mando. Si quereis, conservadlo a todo trance; lo podeis; y nos rendiremos, mal que nos pese, a vuestra voluntad suprema..... Pero la terquedad de V. E..... nos haria infelices!....» Al decir esto, la emocion del orador le embargó casi su voz y tuvo que entrecortar un instante su discurso. Despues de una breve pausa, prosiguió espresando que no habia hecho mas que emitir el voto de toda la concurrencia respetable que tenia el Director delante, y al pronunciar la espresion «apelo sino a ella» con que terminó su arenga, se volvió hácia el concurso, como para esperar que el silencio jeneral ratificase la anuencia que aseveraba.

Todos estaban de tal modo bajo la electricidad que comunicaron a las palabras de Errázuriz su acento de uncion y dignidad, que, al oír la interpelacion que les hacia, prorrumpieron inmediatamente en aplausos y en furibundos gritos de aprobacion. Pero O'Higgins, en el mismo instante y por el rapto mas impetuoso, se abalanzó a intimarles silencio, en la actitud, con el jesto y la voz mas imponentes. «Silencio! Silencio!» gritó varias veces, aproximándose al borde de la gradería y encarándose airadamente a todo el concurso. «¿Qué es esto? ¿Se piensa intimidarme con griterias y amenazas? ¿Se me ha llamado para escarnecer en mi persona la autoridad que ejerzo? Se equivocan los que crean poder arrancármela, o insultarla siquiera impunemente. La defenderé contra todo despojo y la menor ofensa, aunque sea a costa de mi vida. Desprecio la muerte; la he afrontado mil veces sin temor en los campos de batalla. Vengan de una vez los que deseen saciar con mi sangre sus rencores. Aquí está mi pecho. Sea tambien el blanco de los que registren en él un crimen contra la patria! Me quitaréis la vida y ¿qué me importa? Pero no recibiré en la cara el escupo de tanto oprobio!».....

¡Qué cuadro tan magnífico y solemne! De una parte la figura majestuosa del Director, presentando su pecho henchido de indignacion, tenien-

do asida con la izquierda la banda de su autoridad, y la derecha estendida ácia atras, como para ofrecerse mas en descubierto al ataque de sus enemigos; y de la otra todo un pueblo respetable sobrecojido de admiracion por tanta enerjía y dignidad. No se oyó por algunos minutos ni el mas ligero murmullo. Y cuando el Director, recobrada un poco su tranquilidad, ordenó despejar la Sala para entenderse solo con los Diputados, no hubo quien no se diese prisa a obedecer su mandato.

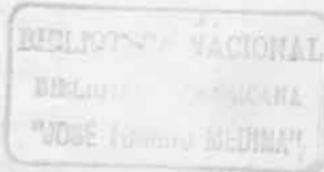
Tan luego como quedó solo con ellos, y sin oír disculpas ni dar lugar a contestaciones de ningun jénero, se desnudó de las insignias de su mando, pidiendo elijiesen sobre la marcha la persona o Junta que debiese reemplazarle y solicitando su pasaporte para el extranjero.

A poco rato salió de la Sala y presentó él mismo al reconocimiento del pueblo, que esperaba ansioso en el patio el resultado de tan interesante acontecimiento, la Junta elejida en su lugar. Una inmensa comitiva le acompañó hasta su Palacio en medio de los vivas mas estrepitosos y aclamándole el Padre de la Patria.

III.

La adversidad no relajó la fuerte fibra del carácter de O'Higgins: por el contrario, mostróse superior a las decepciones y contrastes del fin de su carrera pública. Cayó del poder, pero por una sublevacion jeneral, súbita, irresistible, y en una actitud decorosa, impávida, imponente, venciendo, puede decirse, por su entereza y la conformidad con su destino a los mismos ante cuya ingratitude y felonía se dió por vencido: como el gladiador romano que al sentir la herida mortal convertía todos los esfuerzos de su último aliento a exhalarlo con serena faz y noble apostura. Abdicó el mando, proclamó él mismo a sus sucesores, se sometió a un escrupuloso juicio de residencia, pero sin que el vigor y elevacion de su ánimo se desmintiesen por deliquio alguno. Compareció ante sus acusadores, oyó imperturbable sus cargos, satisfizo a sus jueces; y pudo alcanzar un testimonio de sus acrisolados méritos y el fallo de la mas completa vindicacion, refrendados ámbos por el mismo que habia apadrinado la sublevacion en su contra y se preparaba a ocupar su puesto.

Se dirigió al Perú con propósito de esperar en el descanso y en una vida enteramente privada que despuntasen en su Patria tiempos mejores para volver a concluir en paz el último tercio de sus dias. Le tocó llegar allí cabalmente en circunstancias que estaba en ese pueblo mas empeñada que nunca la lucha sostenida por los defensores del coloniaje contra Bolívar que habia venido a perseguirlos en sus últimos atrincheramientos. La misma causa por que habia derramado O'Higgins su sangre en Chile se debatía en aquella lucha; ¿cómo habia de permanecer espectador indiferente? No vaciló en marchar a ofrecer sus servicios al Libertador de Colombia luego



que supo se preparaba a abrir la campaña que debía decidir en definitiva la emancipación de toda América. Bolívar le recibió con muestras del más cordial beneplácito; «en la orden del día siguiente al de su llegada felicitó al Ejército por la incorporación en sus filas del ilustre veterano, y mandó que todos los jefes y oficiales fuesen a darle la bienvenida, y a expresarle su satisfacción de tener por compañero de armas al vencedor en tantos combates y fundador de la Independencia de Chile.» Mas como poco después recibiese Bolívar orden de entregar el mando del Ejército a Sucre, y resolviese volver por este motivo a Lima, hubo de acompañarle O'Higgins y de no ser muy a pesar suyo de los que concurrieron a la inmortal hazaña de Ayacucho. La Independencia del Perú se afianzó por este triunfo, y reconocido el Gobierno de ese Estado al servicio que ahora había querido prestar a su causa O'Higgins, como igualmente al entusiasmo y tesson con que la había antes patrocinado desde Chile, le acordó el insigne honor de inscribirle en la lista de sus Mariscales. Esta merecida distinción, su fama de bravo guerrero, la alta posición de que había descendido con tanta gloria en su patria, y por fin, el prestigio que añadía a su apellido la memoria del Virrey su padre, le granjearon en el Perú consideraciones y respetos universales. Extranjero, emigrado, destituido de todo valimiento y más tarde calumniado horriblemente desde su país natal, reducido un tiempo casi a la miseria, su persona en Lima fué sin embargo siempre objeto de la más benévola veneración. ¡Quién lo creyera! Bolívar, San Martín, Miranda, Sucre, Carrera, héroes algunos de más alta y gentil talla que O'Higgins, habían terminado o debían terminar en la prisión, en el patíbulo, por el hierro de alevos asesinos o en la expatriación más miserable y olvidada, su existencia de glorias, de sacrificios, de fatigas, y de meritoria devoción a la libertad de América; solo la de O'Higgins se extinguió honrada y protegida, sino por la Patria de su nacimiento y de su afecto, por la que le dispensó jenerosamente su adopción, su hospitalidad y un amparo constante contra los rigores y las injusticias de aquella.

Mucho sin duda a estas atenuaciones de su desgracia, pero también a la longanimidad de su carácter, debió tal vez poder conllevar su condición de proscrito y caído con tanta resignación. Nunca se quejó de su suerte; nunca dejó de seguir con solicitud las alternativas de acierto o error, de progreso o atraso, con que prosiguió Chile bajo la dirección de sus émulos la tarea de su organización política y civil. Sus votos y simpatías más fervientes acompañaron a su país hasta el último en las varias vicisitudes de su orden público; y en cuanto al término de la expulsión y sobre todo de la odiosidad injusta que sobre él pesaban, aceptólas como una ley de su destino, como uno de esos decretos Supremos contra los cuales no hai más recurso que inclinar la frente, y también quizás como una espaciación de faltas de que él mismo no se creía exento, ni menos osaba absolverse. Y entretanto duraba esta fatalidad, no decía con gran énfasis como San Martín, «es-

toi envuelto en un manto de desdeñoso estoicismo, algun dia conocerán si he hecho bien o mal;» (1) sino que, (lo que no se avenia con el temperamento susceptible, la arrogancia y acaso tambien con el pasado no tan limpio de su compañero de armas), se remitia a la satisfaccion de su propia conciencia, humillando su razon ante la del fallo jeneral de su pais, ora debiese devolverle algun dia lo que le habia quitado de su gratitud y estimacion, ora se obstinase en negarle eternamente tan justo desagravio. Firme en sí mismo, conforme con su situacion, meditando y proponiendo desde su retiro, siempre que se le brindaba oportunidad, proyectos y reformas útiles a Chile, cultivando relaciones frecuentes y afectuosas con los pocos de sus conciudadanos cuya amistad no cambió su infortunio, disuadiéndolos sinceramente de hacer de su nombre un pretesto de turbulencias y alarmas, soportó veinte años su destierro en la quietud y humildad mas irreprochables. El ofrecimiento de su hogar, y cuando no, de una asidua y franca asistencia no faltó a ninguno de los chilenos de alta o baja esfera que arrojaron allá en distintas épocas las conmociones de la República. ¿Quién le oyó proferir jamas palabras de despecho o siquiera de disgusto, no obstante ver prolongarse indefinidamente su confinacion y el total olvido en que le habian echado sus compatriotas? Y por el contrario ¿cuántos no presenciaron las efusiones de vivo amor pátrio que le arrancaba la noticia de cualquiera empresa loable a que propendia Chile en su organizacion interna o en sus relaciones internacionales con las Repúblicas hermanas? El Jeneral Búlnes y los Jefes que le acompañaron en la campaña contra el Protecto-

(1) Hé aquí una interesante carta escrita por San Martin desde Lima a don Joaquin Echeverría, en que, queriendo demostrarse resignado a las contrariedades de su suerte última en América, no acierta a disimular todo lo contrario, y deja asomar claramente la susceptibilidad y orgullo de su altivo carácter.

Lima, mayo 11 de 1822.

Mi querido amigo:

A pesar de que hace un siglo que no tengo carta de U. tomo la pluma para recordar a U. nuestra antigua amistad. Garcia del Rio me escribe le dijo U. me habia remitido un libelo infamatorio que habia salido en Buenos-Aires contra mí, el cual no he recibido.—Desearia infinito que si tiene U. otro a la mano, me lo envíe para divertirme un rato, pues en la revolucion ya ha curtido uno su espíritu para sufrir esto y mucho mas.

En la situacion en que yo me encuentro es necesario embozarse en una túnica de filosofia para no aburrirse; y a la verdad que, bien mirado mi estado, es preciso reirse o desesperarse. En Buenos-Aires paso por un desobediente por no haber querido, como el Gobierno me mandó, sacar los gastos de la expedicion, y no haber marchado con la division de los Andes a meterme en la guerra de los montoneros, abandonando el principal objeto que era la expedicion al Perú. En Chile, escepto un corto número de hombres que me conocen y son amigos míos, dicen que soi un desagradecido, que despues que he tomado a Lima no he querido enviar un solo cuartillo para socorrer sus necesidades a cuenta de la expedicion; que he disuelto el Ejército de ese Estado, que se halla en esta; que he querido apoderarme de su Escuadra, y otras sonseras de esta especie, que escepto don Bernardo y un par de docenas de hombres, las creen a puño cerrado. En el Perú, cuando estaba en el mando activo, y aun ahora en el día, que soi un tirano, que mi objeto es coronarme y que los voi a dejar por puertas. En fin, mi amigo, aquí tiene U. a este pobre capellan que despues de once años de pellejerías no ha hecho mas que granjearse el odio universal.—*Afortunadamente mi carácter tiene un cuerpo de reserva para todos estos males, que es decir que algun dia conocerán si he hecho bien o mal; a pesar de que cada día la fibra se laxa, y no deja de causar alguna impresion en mi espíritu tanta ingratitude.*

Ya he molestado a U. bastante, pero me he desahogado un poco.—Adios mi querido amigo, no deje U. de escribirme; y crea lo es y será siempre suyo.—*José de San Martin.*

rado de Santacruz, no olvidarán nunca la sentida deprecacion que un incidente casual hizo improvisar al viejo O'Higgins en el banquete con que despues de la victoria de Yungai solemnizó el Ejército Chileno el aniversario de nuestra Independencia. Habia sido el único invitado a la fiesta, y ocupaba el asiento de preferencia frente a frente del Jeneral Búlnes. Muchos brindis se habian pronunciado en honor de ámbos; y queriendo O'Higgins contestar a uno de ellos, pidió le llenasen su copa; mas al ir a presentarla con este objeto por sobre la mesa, tropezó lijeramente su mano con el cuchillo de uno de los oficiales que trinchaba un jamon. La herida, aunque mui leve, comenzó a verter sangre; y no bien la advirtió O'Higgins, se puso inmediatamente de pié, y empuñando su copa en la otra mano y haciendo destilar sobre el licor que la llenaba unas cuantas gotas de la sangre de la herida; «Sangre vertida en el dia de mi Patria», exclamó de improviso con el acento mas solemne y conmovido, «¿porqué no lo has sido en su defensa y en el campo del honor?... Felices vosotros, amigos, compatriotas, compañeros de armas un tiempo!... Os quedan largos años de vida; inflama vuestros pechos el amor a la Patria y a la gloria; teneis franco el regreso al suelo natal; y volveis vencedores y honrados! Felices vosotros! A mí no me es dado ya mas que consumir en estériles deseos y léjos de mi amado Chile tanto ardor y puras intenciones que hubiera querido consagrar siempre en su servicio. Pero sed testigos de los votos que hago por su felicidad!--Tierra de mi nacimiento, albergue de mi juventud y de mis tiempos mas felices, teatro de mis hazañas y venturas, ídolo de mi vejez y adversidad, el hado mas feliz presida siempre a tus altos destinos!... Quiera el cielo te dignes algun dia volver tu estimacion al que tan de veras quiso y procuró siempre tu prosperidad!»....

Murió el 24 de octubre de 1842 (a) sin la satisfaccion de ver realizado tan vivo anhelo! A los pocos dias se tuvo aquí tan triste nueva, y una pluma elocuente, de las mejor tajadas que posee hoi Chile, entre otras espresiones de verdadero sentimiento, se apresuró a consignar, en vindicacion de la memoria del finado Héroe, las mui notables siguientes:

«No son vanos lamentos, ni muestras afectadas de dolor las que se han hecho sentir en estos dias donde quiera que ha habido un corazon chileno. El Jeneral O'Higgins ha fallecido, y la Patria, que tenia para con él una deuda inmensa que satisfacerle, ha quedado condenada para siempre a un estéril remordimiento... Chile llegó a olvidar que tenia un O'Higgins y que este O'Higgins, el héroe de su historia, vivia en la vecindad, pobre, a merced de un pueblo extraño. Si esa alma grande que presidió nuestros primeros destinos, que dió el soplo de vida a nuestra Patria, no hubiese sido superior a la mezquindad de las pasiones en el abandono indigno a que se vió reducido, habria maldecido la sangre que derramó en favor de un

(a) Si es exacto el dato de mui buen oríjen trasmitido recientemente a don Diego Barros Arana, y que este excelente amigo ha tenido la bondad de comunicarnos, nació O'Higgins en Chillan el 20 de agosto de 1776.

pueblo ingrato. Mas no; en medio de su desgracia O'Higgins hacia votos fervientes por la prosperidad de este pueblo; él era el objeto de sus conversaciones, de sus pensamientos, de sus delirios...»

«La revolucion de la Independencia le cojió en el vigor de sus años, dueño de una injente fortuna, rodeado de consideraciones y de amigos. La muerte le ha encontrado solo, acabado por la fatiga y el pesar, estrechado por las deudas y las privaciones, despues que sus bienes fueron presa de las llamas enemigas y de que el pueblo en cuyas aras sacrificó su bienestar y su reposo, se olvidó de que tenia una vida preciosa que conservar. Las alturas de Chacabuco, los muros de Rancagua y Talcahuano, los campos del Roble y del Quilo con mil otros lugares en que se labró por el esfuerzo de su brazo un renombre inmortal, lo proclamaron el primer guerrero de Chile: una escuadra, creacion jigante de su jenio, habia sujetado a su autoridad el Pacífico; y sin embargo de tantos títulos, de tanta gloria, la muerte le ha ido a hallar en un oscuro gabinete sin mas cortejo que el de sus virtudes!...»

«La memoria de O'Higgins es el patrimonio de Chile; sus restos mortales una joya que nadie nos puede disputar. ¡Que vengan pues a tener descanso entre nosotros y los regaremos con lágrimas de reconocimiento y de expiacion!»

El Conde de las Casas, en su Atlas histórico, cronológico y jeográfico, ha podido decir tambien con sobrada razon: «Es el empeño mas insensato, una verdadera hostilidad contra la gloria de Chile, querer apocar la memoria del Jeneral O'Higgins. Los que tanto se han afanado por calumniarla y deprimirla no han hecho mas que cubrir de lodo monumentos preciosos de la historia de su propia patria, que algun dia otras jeneraciones contemplarán con satisfaccion y orgullo. No hai en esa empresa ni espíritu nacional, ni amor patrio, ni nobleza de sentimientos, ni elevacion de ideas; todo es bajo, ruin y miserable. Ya es tiempo de cambiar de atmósfera y remontar a rejiones mas elevadas. Los chilenos deben dirigir todos sus conatos a que, si algun dia la América tiene un Plutarco, le suministre Chile la mayor y mas brillante de sus vidas ilustres.»

Santiago, 6 de diciembre de 1854.

JUAN BELLO.

